



# CAFÉS Y TANGO EN LAS DOS ORILLAS

Buenos Aires y Montevideo



# **CAFÉS Y TANGO EN LAS DOS ORILLAS**

Buenos Aires y Montevideo

Spinetto, Horacio  
Cafés y tango en las dos orillas : Buenos Aires y Montevideo / Horacio Spinetto ;  
Mario Delgado Aparain ; Nery González ; dirigido por Liliana Barela. - 1a ed. - Buenos  
Aires : Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico, 2010.  
112 p. : il. ; 28x20 cm.

ISBN 978-987-1642-06-9

1. Patrimonio Histórico. 2. Bares Rioplatenses. I. Spinetto, Horacio II. Delgado  
Aparain, Mario III. González, Nery IV. Barela, Liliana, dir. V. Título  
CDD 363..69

Fecha de catalogación: 30/03/2010

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina.

© 2010 Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico  
ISBN 978-987-1642-06-9

Sede Córdoba: Av. Córdoba 1556, 1° piso (C1055AAS)  
Buenos Aires, Argentina  
Tel. (54-11) 4813-9370 / 5822  
Correo electrónico: ihcba@buenosaires.gov.ar

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamien-  
to, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en  
cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecá-  
nico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el  
permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por  
las leyes 11.723 y 25.446.

#### GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Jefe de Gobierno  
*Mauricio Macri*

Ministro de Cultura  
*Hernán Lombardi*

Subsecretaria de Cultura  
*Josefina Delgado*

Directora General de Patrimonio  
e Instituto Histórico  
*Liliana Barela*

Dirección editorial  
*Liliana Barela*

Investigación y redacción de textos  
*Horacio Spinetto*

Fotografías  
*Silvia Troian*  
*Roberto De Luca (foto de tapa)*

Supervisión de la edición  
*Lidia González*  
*Rosa De Luca*

Edición y corrección  
*Marcela Barsamian*  
*Nora Manrique*

Diseño editorial  
*Dominique Cortondo*  
*Silvia Troian*

#### INTENDENCIA MUNICIPAL DE MONTEVIDEO

Intendenta  
*Hyara Rodríguez*

Secretario General  
*Jorge Basso*

Director General Departamento de Cultura  
*Mauricio Rosencof*

Director División Promoción  
*Eduardo León Duter*

Director División Artes y Ciencias  
*Mario Delgado Aparain*

Dirección Editorial  
*Natalia Rubinstein*

Relevamiento y Documentación Original  
*Comisión de apoyo y promoción de comercios  
con giro de CAFÉ y BAR o ALMACEN y BAR  
(según Decreto Municipal N° 30.168/02)*

Selección y Coordinación Editorial  
*Leonardo Gómez Sena - Nery González*

Textos  
*Mario Delgado Aparain*

Apostillas  
*Nery González*

Fotografías  
*Leo Barizzoni*  
*Carlos Contrera*

# CAFÉS Y TANGO EN LAS DOS ORILLAS

Buenos Aires y Montevideo







## ÍNDICE

### **Cafés y Tango**

*Hernán Lombardi*

*Ministro de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires* 6

### **Siempre acompañando nuestra historia**

*Liliana Barela*

*Directora General de Patrimonio e Instituto Histórico  
de la Ciudad de Buenos Aires* 7

### **Nos vemos en el boliche**

*Mauricio Rosencof*

*Director General Departamento de Cultura,  
Intendencia Municipal de Montevideo* 8

### **Montevideo-Buenos Aires. Cafés y bares**

*Natalia Rubinstein*

*Asesora Departamento de Cultura,  
Intendencia Municipal de Montevideo* 9

### **CAFÉS Y TANGO EN LAS DOS ORILLAS**

*Nery González - Horacio Spinetto* 11



## **CAFÉS DE BUENOS AIRES**

*Horacio Spinetto*

Confitería Las Violetas	14
El Banderín	17
Café de los Angelitos	19
El Progreso	22
Los Laureles	24
Café Margot	26
Esquina Homero Manzi	28
La Buena Medida	30
Café Tortoni	32
El Querandí	35
Bar Carlitos	38
Miramar	40
Confitería Ideal	42
Los Galgos	45
Bar Sur	47
Café La Poesía	50
Café de García	52
Café Aragón	55
Café Don Juan	57
Café El Tokio	59

## **CAFÉS DE MONTEVIDEO**

*Mario Delgado Aparain*

Rondeau	62
Los Yuyos	65
Tasende	67
Montevideo Sur	69
Bar Iberia	71
Fun Fun	74
Roldós	77
Café Bacacay	78
Bar Rey	80
El Unibar	83
Micon's	85
El Volcán	88
Almacén Cavalieri	91
Su Bar	93
La Giralda	95
La Giralda	98
62 Bar	100
Expreso Pocitos	102
Don Trigo	104
Tabaré	107

<b>CAFÉS Y BARES PORTEÑOS</b>	110
-------------------------------	-----

<b>CAFÉS Y BARES MONTEVIDEANOS</b>	110
------------------------------------	-----

Bibliografía	111
--------------	-----

Agradecimientos	111
-----------------	-----



## Cafés y Tango

Un libro sobre Cafés es interesante de por sí, pero si ese libro se refiere a Cafés de Buenos Aires y Montevideo, Montevideo y Buenos Aires, pasa a ser entrañable, esencial. Es que los Cafés de las dos orillas del Río de la Plata son verdaderas instituciones, espacios del encuentro que forman parte de la memoria colectiva. Son referentes del paisaje urbano e integrantes principales de nuestro patrimonio cultural común.

En Buenos Aires, en 1858, en la esquina de Rivadavia y Esmeralda abría sus puertas el *Café Tortoni*. En 1870 se cruzaba a Rivadavia al 800, hasta que en 1894 con la apertura de la Avenida de Mayo, el 26 de octubre de ese mismo año, logra su acceso principal. A raíz de esta situación el 26 de octubre fue declarado el Día de los Cafés de Buenos Aires.

En Montevideo los hermanos San Román en 1885 fundaban el *Polo Bamba*, luego *Al Tupí Nambá* y finalmente *Tupí Nambá*, conocido popularmente como *Tupí Viejo*, en Juncal 211, frecuentado por la intelectualidad de la época.

Cuenta el escritor, poeta y periodista uruguayo, Alejandro Michelena, que Gardel tenía su mesa reservada en el *Tortoni*, sobre la calle Rivadavia y en el *Tupí*, en la ventana que miraba al Teatro Solís.

Cafés y Tango, una constante rioplatense. Pienso en los Cafés de la calle Corrientes, cuando era angosta, y en los próceres del 2 x 4 que en ellos actuaron, lo mismo que en La Boca o Villa Crespo. Pienso en el *Fun Fun*, en la otra orilla, con Gardel cantando a capela en 1933, o años después cuando lo visitaban con frecuencia tanto Aníbal Troilo como Juan D'Arienzo.

Es así que entre Buenos Aires y Montevideo presentamos la candidatura del tango –para quedar incluida en una lista representativa de las manifestaciones culturales de todo el mundo–, al considerarlo una de las principales expresiones de la identidad de los habitantes rioplatenses.

A fines de 2009, durante la cuarta reunión de expertos del Comité Intergubernamental de la UNESCO que se realizó en los Emiratos Árabes, el Tango fue declarado Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, situación que nos llena de orgullo.

Esta proclamación significa un reconocimiento y a la vez un compromiso para seguir fomentando la difusión del tango en sus diferentes estilos y estimulando la producción a través de concursos de música, canto, baile y poesía.

Mientras existan Buenos Aires y Montevideo tendremos Tango y Cafés.

Mientras tengamos Cafés y Tango tendremos Montevideo y Buenos Aires.

Este libro, felizmente, es una prueba de ello, y lo celebramos.

**Hernán Lombardi**

Ministro de Cultura

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

## Siempre acompañando nuestra historia

En 1801, en Buenos Aires, en la esquina de las calles Alsina y Bolívar, don Pedro José Marco, inauguró su café, confitería y botillería, con “villares”.

En una ubicación protagónica, a un paso del Cabildo, el Fuerte, la actual Plaza de Mayo y en tiempos en que se forjaron las independencias americanas, el *Café de Marco* fue lugar obligado de reunión para varias generaciones de políticos. Por sus mesas pasaron importantes personajes de nuestra historia como Mariano Moreno, Manuel Belgrano, Juan José Castelli, Bernardo Monteagudo, Domingo French, Julián Álvarez; Lucio Norberto Mansilla y Antonio Beruti.

En la esquina noreste de Cangallo y la actual San Martín estaba el café de *Los Catalanes*, rival del de *Marco*, frecuentado por los saavedristas, según el deán Gregorio Funes, uno de ellos.

En Montevideo, el *Almacén del Hacha* fue frecuentado por los soldados ingleses durante los meses que duró la ocupación de 1807; el *Café Del Comercio*, muy politizado desde principios del siglo XIX, fue escenario, años después, de agasajos a Juan Antonio Lavalleja en su ancianidad. En el *Oriental* se desarrolló la primera lotería en 1837; el *De la Alianza*, era concurrido por el secretario de Artigas, Miguel Barreiro.

Los Cafés en el Río de la Plata nos acompañan desde tiempos pretéritos. Son testigos de nuestra historia. De esa historia rioplatense que hizo suyo al Tango desde su nacimiento.

“El Café fue el pesebre del tango”, sostiene el estudioso Roberto De Luca.

Hoy, Buenos Aires y Montevideo, consecuentes con la tradición, son ciudades con Cafés y son las ciudades del Tango.

El Tortoni y el Café de Carlitos, lo mismo que el Montevideo Sur, el Bar Rey y tantos otros, nos esperan, nos invitan a participar de su historia maravillosa, que como la nuestra oscila entre comedia y tragedia. La vida misma.

Las voces de Gardel, Julio Sosa, Goyeneche, Ángel Vargas, Lágrima Ríos y María Volonté invaden el espacio y se apropian de nuestra memoria.

“Tres cafés, uno que salga cortado...”

**Liliana Barela**

*Directora General de Patrimonio e Instituto Histórico  
Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires*

## Nos vemos en el boliche

Era un santo y seña. La muchachada, la barra, los vecinos, al cruce o en la despedida, se daban cita en el boliche. Todavía, en los barrios porteños y montevideanos, allí se encuentran, nos encontramos las generaciones, para armar un truco de cuatro o levantar la última al mostrador, conversar.

Un boliche como dios manda tiene un gaita o un tano al otro lado del mostrador. Parroquianos de todos los pensamientos, de todas las pasiones. Allí se conversa, allí se discute del mundo y de la vida. Mientras a *sotto voce* la cantora entona a Gardel o desde un televisor colgado en la pared destellan las camisetas en la cancha y al que le cabe, se prende.

El boliche es un centro social, de contención. El pibe que al mostrador se pasa de trago, lo pone en su sitio un veterano de la mesa de truco o tutte cabrero, que se se para y le dice con la mano en el hombro: "Hasta aquí llegó mi amor". Es que conocía al viejo del pibe, todos eran del barrio, y el boliche, los parroquianos, eran un muro de contención de los que se iniciaban en el "sirva la otra". El consejo en el boliche muchas veces rinde más que a domicilio.

Ese centro de comunicación, que de chiquilín Discepolín lo miraba de afuera, la ñata contra el vidrio, era campaneado como una universidad a la que se entra de pantalón largo, para aprender con el tiempo filosofía, dados, timba y la poesía.

En un boliche se arma un cuadro de fútbol, se funda un club, se levanta un tablado, se organiza una excursión, los seres humanos se comunican, discuten, se abrazan o se putean en tránsito, por qué no, que eso es parte de la convivencia.

El Tito Cabano, del Barrio Sur, dice en un tango de dos orillas "un boliche como hay muchos una esquina como hay tantas", y cuenta que el trompa tira la bronca porque un purrete se cuela. Solo se le permite apoyar la ñata contra el vidrio.

Tenemos para un tenida larga, al mostrador, en esos viejos almacenes de la conversación. Por eso, si querés, la seguimos. Nos vemos en el boliche.

**Mauricio Rosencof**  
Director General Departamento de Cultura  
Intendencia Municipal de Montevideo



## Montevideo-Buenos Aires. Cafés y bares

Montevideo-Buenos Aires, tienen en común un desarrollo histórico, una geografía que las abraza, dos puertos en comunicación y rivalidad constante, muchos sueños compartidos y una herencia colectiva. Los Bares y Cafés, Almacenes-Bares son parte de la misma.

Dos ciudades que se han sentido siempre hermanas, que han compartido festejos, tristezas, construcciones, revoluciones, comprensiones y desazones, gran parte de éstos han transcurrido en las mesas de Cafés y Bares de ambas ciudades.

Bar; “local en que se despachan bebidas que suelen tomarse de pie, ante el mostrador”, tal parece ser el origen del término, ampliado en funciones y sentidos tanto en España como el Río de la Plata.

Un bar, sin mesas, ventanas, estanterías para las bebidas espirituosas, como si el Café no fuera suficiente constructor de esa atmósfera particular, sin el pizarrón que anuncia el menú del día, con o sin lotería, con diarios del día, con revistas viejas, ingredientes de este particular espacio privado de uso público, no es un Bar.

Desde las antiguas pulperías, los primeros almacenes-bares, los bares que simulan a sus antecesoras las fondas en España ubicados -aquí en las zonas fabriles, corriendo igual suerte que las viejas chimeneas-, los cafés que nutren el hábito de nuestros intelectuales, los recientes restopub, todos acepciones del “Bar” y sus múltiples variables, cada una de éstas acepciones y funciones responde a una período de nuestra historia.

Podríamos enumerar objetos y sujetos que han hecho a ciertos Bares más significativos para la memoria colectiva que otros, aunque para cada persona existe un bar, un lugar en el bar, una ubicación en el bar en relación a la ciudad y la sociedad; según conversemos de trabajo, disfrutemos aislados del pasar del tiempo con amigos o optemos como parafraseando a Mafalda “Bajarnos del mundo” solos y solas en esa mesa de ese bar.

Los Cafés y Bares de ambas orillas, al igual que las ciudades que los contienen, no solo tienen espejos como parte de su mobiliario, son también el espejo donde nos miramos, y tienen en esta configuración de espacio donde conversan objetos-sujetos y viceversa, acompañados del silencio atrás del mostrador, o de los secos ruidos de la máquina de Café, el vaivén de las medidas de grappa o whisky, de la música en vivo, una atmósfera creada que solo tiene sentido para quienes participan, y lo tiene de manera distinta para cada persona, y en la relación que los asistentes hacen con los objetos del bar.

Son sin lugar a dudas, como las plazas, las esquinas, espacios de encuentro, de intercambio, donde democráticamente y sin presiones económicas, políticas, sociales las personas se encuentran entorno a la mesa de un bar, rememorando, soñando, reflexionando o tan solo disfrutando el brillo de sol a través de la ventana, mientras el mozo trae, café, jugo, caldos, sándwiches, pizzas o braseros a la mesa, según marque el reloj.

Los Cafés y Bares, patrimonio material e inmaterial del Río de la Plata, contienen nuestra historia, dicen de nosotros, nosotros decimos de ellos, en la medida que el sentido y uso que las personas le damos a determinados lugares va cambiando, en particular y en colectivo vamos modelando el espacio de todos.

Presentamos esta edición, en el marco de las Políticas Culturales Regionales Públicas, que ambos gobiernos se encuentran llevando adelante, en el entendido que es la Cultura es un aporte insustituible para el entendimiento de los pueblos.

**Natalia Rubinstein**

*Asesora Departamento de Cultura  
Intendencia Municipal de Montevideo*







## CAFÉS Y TANGO EN LAS DOS ORILLAS

Buenos Aires y Montevideo fueron y son ciudades con Cafés.

Así lo confirman muchos de estos sitios mágicos, y tan reales, como el revolucionario Café de Marco, el Tupí Nambá con la presencia del poeta surrealista Felisberto Hernández, el O'Rondeman con un Gardel muy joven, el Ateneo, el Tortoni, el Sorocabana, Los Inmortales, el Brasileiro, la Ideal, el Hacha, Los 36 Billares, el Rey, Carlitos, el Montevideo, Los Galgos, Micon's, los Iberia de uno y otro lado, La Giralda, el Izmir, el Tabaré, La Giralda, el Montevideo Sur, el Progreso, el Unibar, el Café de García, el Tasende, el Margot, el Rondeau, El Gato Negro, el Fun Fun, el Aragón, el Café Metro, el Benigno, Su Bar, La Buena Medida, el Vaccaro, El Querandí, el Cavalieri, el Don Juan, Los Yuyos, el Florida Garden, el Volcán, el Bar Bar O, el Bacacay, Le Caravelle, el Roldós, El Banderín, Don Trigo, Las Violetas, 62 Bar, La Poesía, Expreso Pocitos, el Café de los Angelitos, el Grand Sportman, el Esquina Homero Manzi, La Primavera, etc., etc., etc.

La tradición argentina y uruguaya del tango, y la consiguiente pasión que genera, hoy conocida en todo el mundo, nació en la cuenca del Río de la Plata, entre las clases populares de ambas ciudades capitales. En esta región cosmopolita, donde conviven los emigrantes europeos, los nativos (criollos) y los descendientes de esclavos africanos, se produjo una fusión de costumbres, creencias y ritos que se transformó en una identidad cultural específica, a la cual el Café le dio cabida. Entre las expresiones más características de esa identidad está, sin duda, el Tango, con su música, su baile y su poesía, verdadera expresión urbana de la diversidad y del diálogo cultural.

Dos perfiles muy entrañables tiene el Café: uno, su condición de "confesionario"; dos, su condición de "foro", el lugar de las "peñas" -aunque fueran informales y nada famosas-, lugar del debate, la discusión... también del acuerdo amigable y de la utopía. Dos perfiles que aunque atenuados, aún siguen vivos, y pueden tener buen futuro.

Cada barrio tuvo un Café y cada Café una orquesta.

En Buenos Aires la mítica calle Corrientes, columna vertebral ciudadana tuvo en sus Cafés verdaderos sitios del Tango, recordamos entre ellos al Royal Pigall en el 831, al Germinal (942), El Nacional (980), el Marzotto (1124) y el Domínguez (1537).

En La Boca; barrio azul y oro, de pizzas, de Quinquela, de Filiberto y Caminito; la esquina de Suárez y Necochea, fue famosa por sus Cafés donde reinaba el Tango. Enrique Cadícamo en su poema dice:

*Nombre de dos soldados de nuestra Independencia  
Suárez y Necochea, lleva esta esquina brava  
que hace setenta años fue oscura residencia  
de tangos, cafetines, malevos y garabas.*

*Bulliciosos, alegres cafés de camareras  
animaban las noches del reducto boquense;  
marineros, borrachos, matones y taqueras,  
lámina colorida de un faubourg montmartrense.*

*Nombremos dos o tres, bien vale la reseña:  
El Royal, La Marina o aquel otro famoso:  
el café de Mecha la Popular ... Su dueña  
era una bella joven de senos impetuosos.*

*En el Royal, Canaro había formado un trío  
con Loduca y Castriota, y en el café de enfrente  
los dos hermanos Greco en franco desafío  
con el torneo de tangos caldeaban el ambiente.*

*A la vuelta, por Suárez, el café La Marina  
tenía a Roberto Firpo, y volcando hacia el muelle  
por la de Necochea: dos bares en la esquina  
con el Tano Genaro y el alemán del fueye.....*

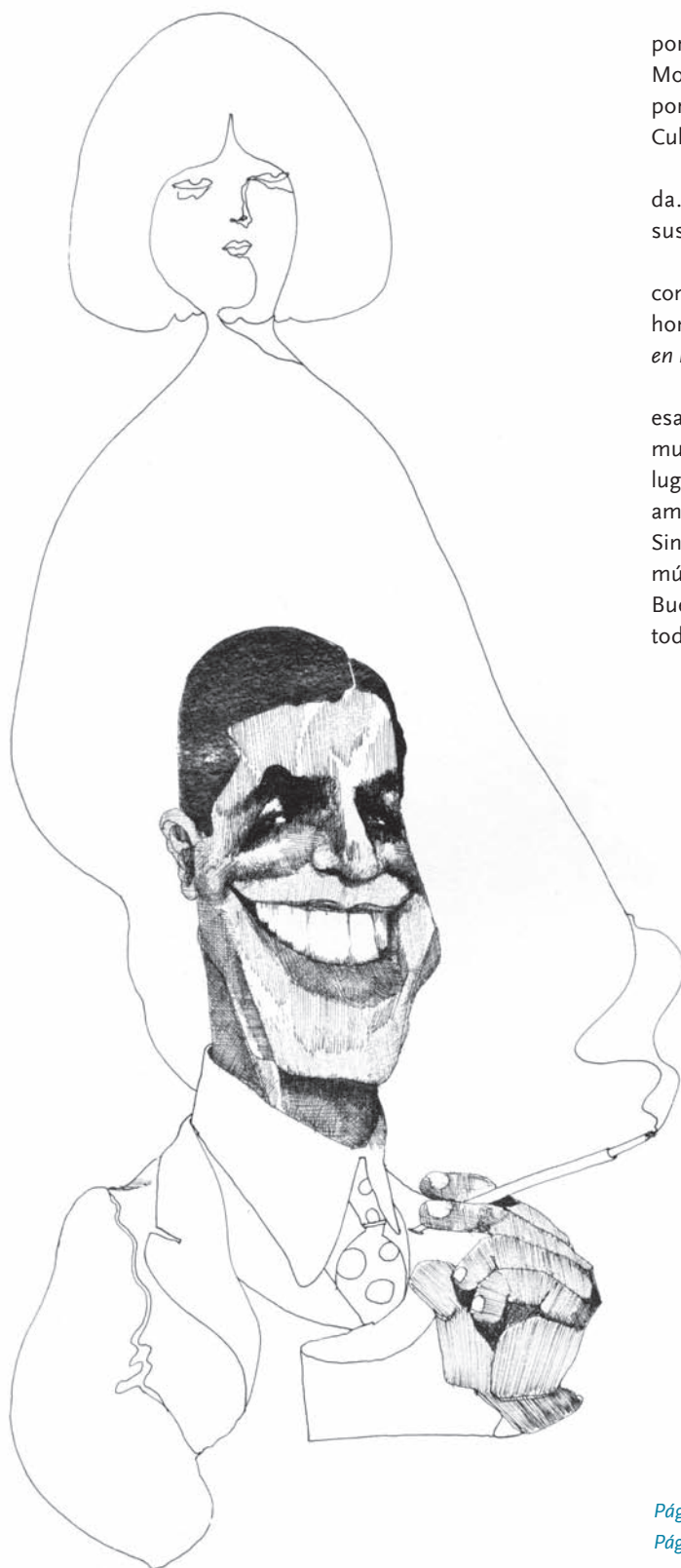
En Montevideo, el Tupí fue escenario principal del 900, desde sus ventanas sobre la calle Buenos Aires, Gardel contempló la arquitectura del Teatro Solís. El Almacén "de los dos frentes", donde nacía la calle Yermal, fue frecuentado por el "Loro" Ramón Collazo y por Víctor Soliño, autor del inolvidable Garufa.

Una noche de 1917, en la Confitería La Giralda; predio donde luego se construiría el Palacio Salvo; Roberto Firpo tocaba La Cumparsita, joyita del joven Gerardo Matos Rodríguez.

En el Café Vaccaro se reunían el cantor de Canaro, Carlitos Roldán y Roberto Fugazot, autor de Barrio Reo, entre otros tangos; y en El Ateneo de 18 de Julio y Plaza Cagancha por los años 40 se lucieron las orquestas de Julio De Caro y Aníbal Troilo.

Hacia fines del año 2009 el Tango fue declarado patrimonio cultural de la humanidad.

Veinticuatro miembros del Comité Intergubernamental de Patrimonios Intangibles, perteneciente a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), reunidos en Abu Dhabi, luego de considerarlo genuino representante de una cultura de arraigo popular, cuya valor y significación bien merece el rango de Patrimonio de la Humanidad.



La solicitud había sido presentada conjuntamente por los gobiernos de las ciudades de Buenos Aires y Montevideo, mediando la gestión del Ministro de Cultura porteño Hernán Lombardi y por el director de Promoción Cultural de Montevideo Eduardo León Duter.

En los Cafés la declaración fue celebrada y apoyada. Carlitos, seguramente, volvió a lucir la mejor de sus sonrisas.

Buenos Aires y Montevideo. Tango y Cafés, magnífica combinación y esencia rioplatense a la que hoy queremos homenajear con este libro al que llamamos *Cafés y Tango en las dos orillas. Buenos Aires y Montevideo*.

Aquí se recogen ejemplos tangibles y vivibles de esa tradición compartida. Son sólo algunos entre otros muchos que también dan la talla. En todos los casos, lugares con historia. Una herencia con futuro en la que ambas ciudades, se reconocen y afirman su identidad. Sin los Cafés de esquinas y avenidas, sin el Tango como música de fondo de esos escenarios entrañables, ni Buenos Aires ni Montevideo serían lo que fueron, lo que todavía son... lo que nunca deberían dejar de ser. 🍷

**Nery González - Horacio Spinetto**

*Pág.10: Bar Carlitos de Horacio Spinetto.*

*Pág.12: Es un fantasma que crea mi ilusión de Hermenegildo Sábat.*

Cafés de  
Buenos Aires

# CONFITERÍA LAS VIOLETAS

Rivadavia 3899, Almagro

El 1° de mayo de 1930 Carlos Gardel grababa para la casa Odeón el tango *Almagro* de Iván Diez y Vicente San Lorenzo, acompañado por las guitarras de Aguilar, Barbieri y Riverol. Almagro, barrio porteño con tango propio.

Muchos de los sueños de los vecinos de Almagro y de otros barrios de la ciudad se iniciaron con sabor a café en alguna de las mesas de la Confitería Las Violetas, de Rivadavia 3899, esquina Medrano, que a la fecha del registro del tango citado estaba próxima a cumplir 46 años de actividad. Las Violetas fue inaugurada el 21 de septiembre de 1884. Los propietarios fundadores, señores Felman y Rodríguez Acal, no escatimaron esfuerzos ni gastos, eligieron importantes apliques de bronce con cristales tallados a mano, un piso granítico a tres colores con un bello diseño, una fina *boiserie*, anillos de bronce en las columnas, magníficos *vitraux*, gruesos y rosados mármoles italianos para los mostradores, y mesas y sillas compradas en una casa parisina.

En el terreno gastronómico propiamente dicho, podemos mencionar que el pan dulce, las canastas de Navidad, las rosas de Pascua, las empanadas de Vigilia,

el café con leche con medialunas, el té con masas, los florentinos, los merengues, los palos de Jacob, y los sándwiches de miga hicieron las delicias de su clientela, compuesta tanto por señoras como caballeros, durante 124 años. Cabe recordar, aunque resulte obvio, que en Las Violetas estaba prohibido el uso de margarina, colorantes y de cualquier otro ingrediente artificial.

Aquí solía sentarse para tomar un té y escribir en soledad Alfonsina Storni, vecina de la confitería; durante muchos años, en el palco especial, actuaron orquestas de señoritas.

En Las Violetas, Ricardo Stepens protagonista de *Noche terrible*, cuento de Roberto Arlt, imaginó las secuelas del inminente abandono de su prometida Julia. Sus salones también fueron seleccionados para filmar escenas de varias películas, entre ellas *Sol de Otoño* de Eduardo Mignona y *La Mafia* de Leopoldo Torre Nilsson.

La confitería de Almagro fue el lugar elegido por las señoras a la hora de tomar el té o para reencontrarse con









las ex compañeras del Normal; allí la tarde transcurría plácidamente.

Entrando por la esquina, hacia el lado de la calle Medrano, se ubicaba el salón de té y cafetería, con sus elegantes mesas vestidas con doble mantel; sobre Rivadavia daba el sector de venta al público de la confitería, fiambrería y rotisería.

Elegantes señores salían con el paquete de masas, recién elaboradas, envueltas en papel blanco con inscripciones en violeta, atado con la tradicional cintita de tela, y con el pequeño cilindro de madera, por donde se lo agarraba, con Las Violetas grabado a fuego.

Los años fueron pasando inexorables. “Cerrado por balance” decía el inesperado cartel que apareció en sus puertas el 1° de julio de 1998. La sorpresa y el temor de la

desaparición del clásico local de Almagro fue invadiendo a todos los porteños.

La Legislatura de la Ciudad en su sesión del 6 de agosto de 1998 declaró a las confiterías Las Violetas y La Ideal áreas de protección histórica y de interés cultural.

Luego de casi tres años de inactividad, en julio de 2001, se produjo la reapertura de Las Violetas. La tradicional confitería volvió con todo su brillo, como antes. Los vitrales muestran su colorido esplendor. Los mozos, con impecables sacos blancos, van y vienen por el salón que está completo. Una pareja de jóvenes está comprando un kilo de masas, una señora elige bombones, un grupo de amigas disfrutaban de la ceremonia del té.

La esquina de Medrano y Rivadavia recuperó la alegría. 🍷





## EL BANDERÍN

Guardia Vieja 3601, Almagro

*"Fue en una de las tantas tardes  
en que pisando tiempo, corazón o acera,  
me incliné a tu adoquín y a tus paredes...,  
a tu abecé de bares que te pueblan...  
Para poder decirte enteramente  
habría que beber, por ti, jugo de estrellas..."*

Mario Jorge de Lellis, Radiografía de Almagro.

En la esquina de Billinghurst y Guardia Vieja se encuentra El Banderín, uno de esos cafés que hace honor a dos pasiones porteñas: el tango y el fútbol.

El Banderín flamea orgullosamente su condición de café familiar. Lo atiende ya la tercera generación de la familia Riesco. El fundador fue don Justo. El cariño y el fervor por la actividad están presentes, se huelen, se sienten y se disfrutan.

Don Mario Riesco, un cabal riverplatense, es secundado por su hijo Silvio. Las imágenes de Aníbal Troilo, Carlos Gardel y Juan Manuel Fangio se asocian a esas paredes cargadas de sentimientos que avivan la emoción porteña.

La importante iconografía deportiva, con fotos, dibujos, y en particular banderines de clubes de fútbol de todo el mundo, determina un ambiente singular. Boca Juniors, River Plate, el Santos, la Fiorentina (inmediatamente nos lleva al recuerdo del brillante paso que allí tuvo Gabriel Omar Batistuta), Ferro, Vélez Sarsfield, Arsenal de Sarandí, Peñarol, Nacional de Montevideo, Danubio, Atlanta, Huracán, la Roma, Banfield, Racing Club, Lanús, Estudiantes de La Plata, Independiente, Chacarita, Rosario Central, Ñuls, Argentinos Juniors, Celtic, Talleres, el Nápoli (del venerado Diego Maradona), Barcelona (hoy sinónimo





de Messi), y el Real Madrid están representados entre muchas otras instituciones.

El café, entre sus reliquias, tiene un trabajo con las caras de los jugadores de River bordado por presos de la cárcel de Devoto, que en 1942 se lo habían regalado a Pichuco, cuando “el bandoneón mayor de Buenos Aires” fue a tocar para ellos.

Distante solo a tres cuadras, por Guardia Vieja, surge la inconfundible silueta del Mercado del Abasto (hoy *shopping*). La única cuadra, continuación de Guardia Vieja, del otro lado de la obra de los arquitectos Delpini, Sulcic y Bes, es la cortada Carlos Gardel; en el cruce con Anchorena presenta el monumento del “Mudo”, un nuevo “bronce que sonríe”, en este caso debido a la visión personal del magnífico escultor Mariano Pagés.

El Banderín está, sin dudas, en territorio guardeliano. Gardel adquirió su fama como “el Morocho del Abasto” cantando en tiempos del Centenario en el café O’Rondeman de los hermanos Traverso, en Humahuaca y Agüero, lamentablemente desaparecido desde hace pocos años.

Recordamos que Justo RIESCO, en tiempos precursores, tuvo una sucursal, El Asturiano, en la esquina de Zelaya y Jean Jaurés, donde compraba el propio Gardel y pagaba por mes con el tradicional sistema de la libreta.

El Banderín es un local amable y un bar con buena gastronomía. Recomendamos los sándwiches, en cualquiera de sus variantes, los aperitivos (copetines, como decían antes) y las picadas.



El amarillo y el negro de los coches de alquiler dejan su impronta pasajera alrededor del café. Muchos taxistas hacen un alto en su rutina callejera para tomar algo fresco. Mientras descansan un rato, surgen las charlas entre amigos, alrededor de las clásicas y acogedoras mesas de madera que tiene El Banderín.

En una de ellas, se escucha a uno de esos reos ilustrados que proliferan en nuestros cafés, quien entusiasmado recita a sus contertulios unos versos que acaba de descubrir en el libro *Poemastros*: “Entréguese don Carlos no demore/ la mersa quiere saber donde nació / si en Toulouse como bate el diccionario / o si Berta lo parió en Tacuarembó...Tanta rosca por unos papeluchos / que no fueron escritos por Le Pera/ engatusa al pedo a la gilada/ Aguante en el Abasto esa sonrisa/ cuide la gola empolve su pintuza / siga cantando y no confiese nada”. El poema se llama *El día que me naciste* y es del gran Menchi Sábato.

Ajeno, el tránsito circula por Billinghamurst y avanza con velocidad discontinua en busca de la avenida Córdoba.

Desde la radio, la voz siempre vigente de Julio Sosa deja su impronta rioplatense, cantando *Siga el corso* acompañado por la orquesta de Leopoldo Federico.

Un cartelito fileteado, por detrás de la barra, dice: “Si toma para olvidar, garpe antes”. 🍷

# CAFÉ DE LOS ANGELITOS

Rivadavia y Rincón, Balvanera

“Lo había fundado por 1890 con el nombre de Bar Rivadavia un italiano llamado Batista Fazio. Primitivamente fue reducto de malandras y caferatas cuya traducción del lunfa básico corresponde, más o menos, a gente de mal vivir. Verdaderos angelitos, según la socarrona afirmación del comisario de Balvanera quien, sin saberlo, le estaba dando carta de bautismo a uno de los más populares cafés de Buenos Aires.

Cuando en 1919 lo adquirió don Ángel Salgueiro en la suma de setenta y cinco mil pesos, ya habían hecho famosa la esquina las presencias de Gabino –el negro payador del Himno a Paysandú–, Higinio Cazón, José Betinotti, José Razzano, Carlos Gardel, Roberto Cassaux, Florencio Parravicini y los prohombres del socialismo argentino que tenían su Casa del Pueblo cincuenta metros más al oeste por la misma calle Rivadavia”, cuenta



Foto gentileza Café de los Angelitos







Ricardo Ostuni, escritor y académico de número en las Academias Nacional del Tango; Porteña del Lunfardo, y de Historia de la Ciudad de Buenos Aires.

A José Ingenieros, Juan B. Justo y Alfredo Palacios se los veía seguido por Los Angelitos, lo mismo que a Juan Manuel Gálvez.

Una noche de 1917, en este café, el dúo criollo Gardel-Razzano fue contratado por Mauricio Goddard, director artístico del sello Odeón. Con *Cantar eterno* y *El sol del 25* se produjo su debut discográfico.

Gardel vivió a poco más de una cuadra de distancia, en Rincón 135, en un departamento de un bello edificio afrancesado construido en 1925, obra del arquitecto Arturo Prins. En la actualidad luce en su fachada una placa que recuerda al ilustre habitante. En este mismo edificio habita la excelente cantante folklórica Suna Rocha.

En Los Angelitos Gardel celebró algunos de los triunfos de su caballo Lunático, convidando con generosidad a los amigos con unos pantagruélicos pucheros que finalizaban con las primeras luces del día.

Este café también fue frecuentado por radicales. Muchos políticos del viejo partido de Leandro Alem, la Unión Cívica Radical, solían acercarse para intercambiar y discutir ideas con sus adversarios socialistas.

Volvemos a Ostuni, quien dice: “En la década del 30 fue el Malevo Muñoz –Carlos de la Púa– el autor de *La crencha engrasada* quien supo animar otros encuentros de poetas, periodistas o simplemente manyines que buscaban el garrón de alguna mesa bien servida. La bravía esquina de Rivadavia y Rincón fue transformándose en ajetreado periplo de oficinistas laburantes. El café pecó de bar americano propiciando de día algún almuerzo al paso. Por las noches pagaba su penitencia recobrando tangos”.

En 1944 José Razzano y Cátulo Castillo compusieron el tango *Café de los Angelitos*, éxito en la voz de Alberto Marino:

“¡Café de los Angelitos!  
¡Bar de Gabino y Cazón!  
Yo te alegré con mis gritos  
en los tiempos de Carlitos  
por Rivadavia y Rincón...”

Un día de 1993, después de muchas idas y venidas, Los Angelitos desapareció. Afortunadamente, catorce años después, el café reabrió sus puertas el 19 de junio de 2007 con una decoración sobria y elegante. Madera oscura, cristales, *vitraux*, bronce y mosaicos calcáreos le otorgan su clara y tradicional personalidad. Una serie de 350 fotografías ciudadanas, especialmente seleccionadas en archivos y museos, contribuye a recrear el clima y el ambiente de los tiempos iniciales.

Todos los días se ofrece un show de tango de primer nivel en el que participan la orquesta dirigida por Pablo Aznarez, los cantantes Guillermo Galvé y Nora Roca, la orquesta de señoritas Cacace, y diez bailarines con la dirección coreográfica de Luis Pereyra y Nicole Nau, quienes, durante una hora y media, despliegan su espectáculo sobre el original escenario del Café.

El Café de los Angelitos volvió para quedarse. 🍷



# EL PROGRESO

Montes de Oca 1700, Barracas

La propietaria de este tradicional café de Barracas es la señora Licinia Tomás de Moreno, asturiana, de Villaviciosa para más datos. Llegó a Buenos Aires a principios de los 50 con su esposo Aureliano Moreno y su hijito de dos años y medio César Alfonso.

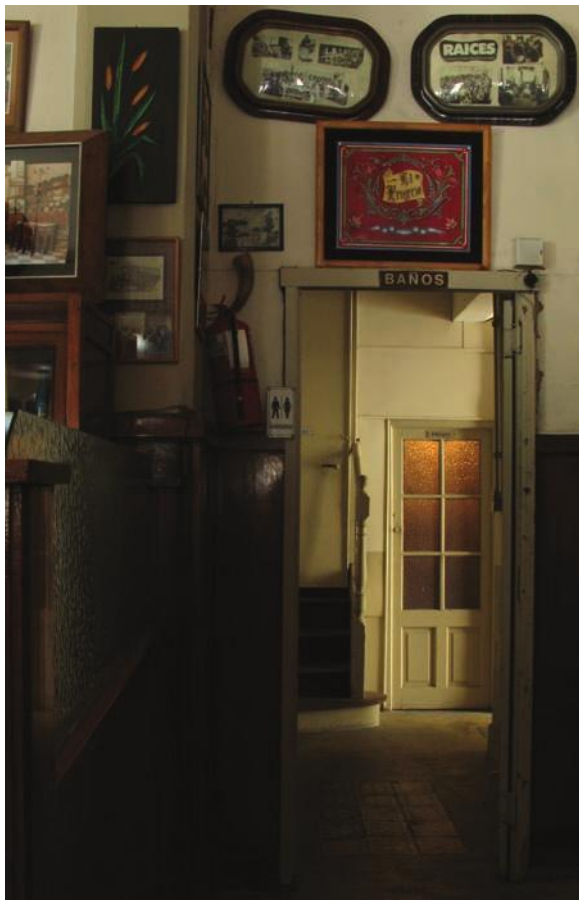
El matrimonio se hizo cargo del local, y mantuvo el nombre que ya tenía, El Progreso.

Entonces el tranvía 74 pasaba por su puerta, anunciando su presencia con un ruido característico y el sonar de la campanilla. Hoy la línea 74 continúa trasladando pasajeros entre Remedios de Escalada y el Correo Central pero, desde 1962, con colectivos.

Hace ya varios años, tras la muerte de Aureliano, Licinia quedó sola al frente del café. “Aquí estaré hasta el final de mis días, esta es mi vida”, nos confesó recientemente.

El salón de El Progreso invita a quedarse y a no perderse ninguno de sus detalles. Una foto del local de fines de los 50 muestra vitrinas cargadas de objetos familiares a cualquier porteño, un retrato del gran historiador de Barracas Enrique Puccia, antiguos envases de bebidas, piedras de mármol blanco para jugar al dinenti, trompos, viejos sifones, un calentador Primus, libros, entre otros.

El espacio interior es generoso. Las mesas están dispuestas sin excesos, cómodamente. Se destacan la *boiserie* y la mampara que brinda intimidad al “salón familiar”,



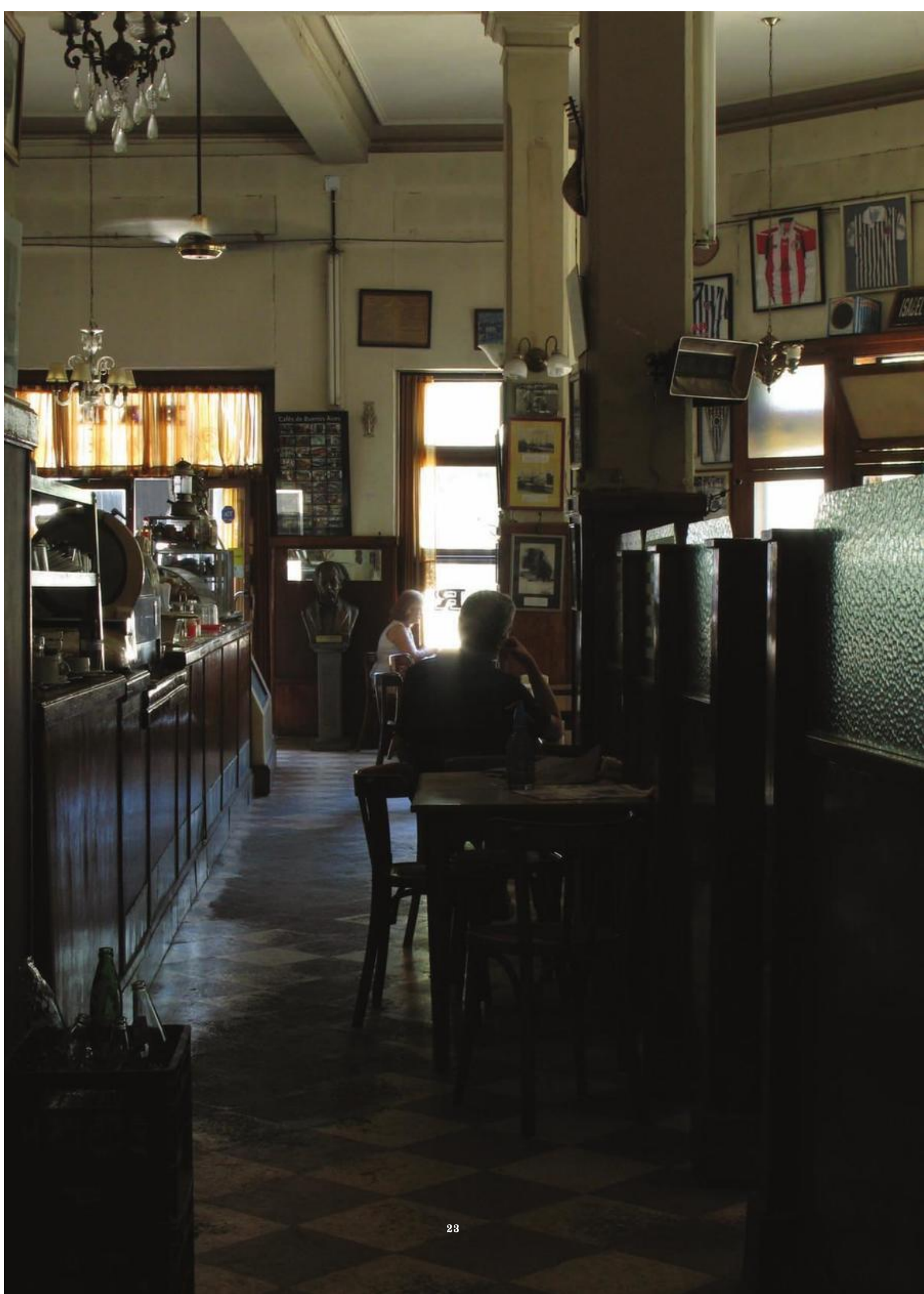
con sus tres pequeños pilares de madera, donde descansan amables plantas que dan ritmo y separan sus cuatro vidrios martelinados, con ornatos *art decó* esmerilados. Las dos columnas que irrumpen en el salón y los caños de los ventiladores de techo, aportan su verticalidad a la geométrica composición. La barra-mostrador incluye una heladera que deja ver los fiambres que ofrece la casa, y tiene un bello grifo con forma de cisne.

Una mesa, al lado de la mampara y de una de las columnas, tiene un cartelito: “Reservado”, es la mesa de Licinia. Allí la encontraremos entre las 10.30 y las 15.30 de lunes a viernes y los sábados solo por la mañana. La charla con ella es simpática, con chispeante elegancia. Nos cuenta como prepara su exquisito arroz con leche, o su carne asada a la manera asturiana. Si se da el caso, podemos escucharla entonar alguna bella canción de su tierra.

En una de sus mesas el periodista y locutor Guillermo Fuentes Rey conversa con unos amigos sobre los cafés montevideanos, mientras prepara una nota sobre el Brasileiro para el periódico *Un cortado*, de la Comisión de Cafés Notables porteños.

Los escultores Julio César Vergottini, Jorge Waku, Leo Vinci y Marina Dogliotti, los pintores Marino Pérsico, Néstor Emilio Román y Marino Santamaría, los actores Hugo Arana y Diego Capusotto, lo mismo que el fotógrafo Gregorio Traub, conocido como muy pocos del barrio de Barracas, son algunos miembros de su fiel clientela que se han sumado a lo largo de los años.

Un diploma otorgado por el Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en diciembre de 2006 certifica que Licinia fue distinguida como Artífice del Patrimonio porteño. 🍷





# LOS LAURELES

Iriarte 2300, Barracas







“Hace una hora, más o menos, que Carlos Godoy apagó el motor de su auto. El hombre, de profesión taxista, le arranca duro a los tangos en Los Laureles. Su voz llena el salón que huele a minutas frescas. Afuera, las sombras de Iriarte y Gonçalves Días se alargan furtivas. El tren rumbo al sur surge como una tira luminosa sobre el puente. Un recorte de diario dice que cuando el local era el Bar Billares y la zona dominio de compadritos, el joven diputado socialista Alfredo Palacios frecuentaba esa barra...”, escribió Alba Piotto en su artículo “La magia de Barracas”.

Roberto Pepe y su esposa Doris, a cargo del café hace ya algunos años, nos confirman que Palacios, almorzaba en Los Laureles (llegaba de la Casa del Pueblo de la calle Alvarado al 1900), y que desde el balcón de la casa que de enfrente por Gonçalves Días, dirigía la palabra a sus seguidores. En el interior del local hay una foto del primer diputado socialista de Latinoamérica acompañado por un chico y una joven mujer, Isabel Irma Delmas, quien todavía vive al lado del café.

Originalmente en este predio, a mediados del siglo XIX, estuvo el Almacén de Ramos Generales Valdez. El café Los Laureles inició su actividad por el año 1890. Se conserva una pionera chapa enlozada del “Café-Bar-Billares de Hidalgo, González y Santamaría” como homenaje a sus fundadores españoles.

Por la cercanía con Sportivo Barracas, varios boxeadores que allí entrenaban concurrieron a Los Laureles; entre ellos recordamos a José María Gatica (aquí se filmaron escenas de la película *Gatica* de Leonardo Favio), Tito Sáenz, los hermanos Carlos y Osvaldo Cañete, y el recordado Oscar “Ringo” Bonavena.

Hernán Cherro, encargado del café, nos recuerda orgulloso que es el nieto del gran Roberto, y nos muestra un artículo donde recuerdan al gran goleador boquense.

Barracas fue y es un barrio de tango. A dos cuadras de Los Laureles vivió Ángel Vargas, “el ruiseñor de las calles porteñas”, quien con la orquesta de Osvaldo D’Agostino grabó creaciones antológicas como *Mano Blanca*, *A pan y agua* o *Tres esquinas*. En este café, en varias oportunidades Vargas se reunió con otro referente del tango: Enrique Cadícamo.

A Eduardo Arolas (Barracas, 1892-París, 1924), “el tigre del bandoneón”, se lo veía seguido en Los Laureles, de paso a su casa de la calle Vieytes 1048. Ángel Villoldo, Agustín Bardi y Anselmo Aieta también lo frecuentaron, lo mismo que Juan Montalvano, sobrino del patrón Prudencio Navarro, “el cuarteador de Barracas”, quien recuerda los corralones de chatas de la zona, en las que transportaban adoquines a las estaciones ferroviarias. Varias fotos de Alfredo Di Stéfano, “la saeta rubia”, lo destacan como hijo dilecto de Barracas.

Desde hace tiempo, los viernes por la noche son especiales, se acercan los vecinos a tocar la guitarra y a cantar algunos tangos, entre muchos otros son de la partida Roberto Flores, Elba del Valle, Omar Casas, Roberto Quiroga, Sergio Veloso y Ramón Vergara.

En las paredes lucen las buenas pinturas de Daniel Bennan, junto a un retrato del poeta Jorge Arrojás, toda una institución del barrio, pintado por Francisco Cila. Luis Felipe Noé es otro de los habitués.

Envases de Polvo Royal, cerveza Pilsen, un banco de carpintero, un mueble de madera (característico de almacén con sus puertitas rebatibles, para fideos o legumbres sueltas), jabones Manuelita y una vieja máquina de escribir Continental, son algunas de las referencias de un pasado no tan lejano.

Desde la vereda de Los Laureles, por Iriarte (calle en la que durante tantos años existió una feria municipal), se pueden ver las dos torres de la Iglesia Natividad de María Santísima, en San Antonio 555. 📍

# CAFÉ MARGOT

Av. Boedo 857, Boedo

En el barrio de Boedo, en Boedo y San Ignacio (antes Pasaje Camio) encontramos un tradicional edificio construido a principios del siglo XX por el genovés Lorenzo Berisso. En parte de su planta baja funciona el Café Margot, en el mismo sitio donde antes estuvo la confitería Trianón.

De la mano de Pablo Durán y de su esposa, Laura Carro, el Margot ha sabido mantener una cálida ambientación. El mostrador de mármol y las nobles sillas y mesas de madera contrastan con las vitrinas pobladas de botellas y con la colorida iconografía que distingue a las paredes. Los mozos Luis y Osvaldo, cada uno en su estilo, son el ejemplo del buen servicio de la casa, que en materia gastronómica se destaca por los clásicos sándwiches de pavita en escabeche (creados en esta esquina por don Sabino Torres y doña María), los de lomito, y las excelentes medialunas y pastas caseras (exclusividad de Moisés).

El Margot dedica un espacio a la plástica, coordinado por Carlos Caffarena, donde pudimos disfrutar de la obra litográfica de Guillermo Facio Hebecquer, las pinturas de Eolo Pons, los grabados de José Arato y de los dibujos de Omar Blanco, entre otros calificados artistas.

Aquí se reúne el grupo Baires Popular (asociación cultural sin fines de lucro, formada por la Asociación Amigos del Café Margot, los periódicos *Desde Boedo* y *ABC* y las ediciones *Papeles de Boedo*). Las tertulias literarias con Rubén Derlis, Alberto Di Nardo, Rosa María Silva y la memoria de Atilio Castelpoggi ya son parte insustituible del Café. La Junta de Estudios Históricos de Boedo lo distinguió como uno de los hitos del barrio.



A lo largo de los años pasaron por sus mesas, entre muchos más, el legendario diputado Alfredo L. Palacios; los escritores Gustavo Riccio y Raúl González Tuñón; el “Mono” Gatica, quien llegaba en su Cadillac rojo; el goleador José Francisco Sanfilippo; el gran escritor Isidoro Blaisten y Oscar “Ringo” Bonavena, verdadera leyenda de nuestro box.

Se cuenta que en una oportunidad, por los años 50, el entonces presidente Juan Domingo Perón circulaba junto a su comitiva raudamente por la avenida Independencia, y al llegar a Boedo hizo doblar a los vehículos. En la esquina de San Ignacio se detuvieron, y ante el asombro de todos, el general bajó del coche y entró al bar para probar el sándwich de pavita en escabeche del que tanto le habían hablado. Vencida su tentación, muy satisfecho, con su clásica sonrisa, saludó al público agolpado en la vereda, subió al auto y desapareció junto con sus acompañantes.

Es interesante destacar que el Margot ha realizado la primera hermandad (o *jumellage*) de un café porteño con otro del exterior, a través de la gestión del ingeniero y poeta boedense José Muchnik (Josecito, el hijo del ferretero), con la *brasserie* Le Petit Diable de Toulouse (La Ville Rose), ciudad francesa famosa por sus violetas, por su *cassoulet*, por la Aeropostale y por Claude Nougaro, entre otras diversas situaciones.

Un diploma de la Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires agradece al Margot su participación en el “Programa Buenos Aires Lee”; otro del Museo de la Ciudad lo declara “Testimonio Vivo de la Memoria Ciudadana”.

El escritor Pablo Vinci relee su cuento *La boca del final*, mientras toma un café bien cargado, sentado a una mesa del salón posterior. Varios ejemplares de la revista *Los Asesinos Tímidos* sobre una silla lo escoltan.

Una bella foto de Roberto De Luca, con la imagen de una gastada mesa del Margot, aviva nuestra imaginación, sugiriendo historias, intuyendo vivencias.

El Margot, un café para conocer e irremediablemente transformarse en habitué. ☺



melo  
ta  
e pomelo

ON  
DADOS  
CH  
CERVEZAS  
PRES

de la década del '40  
el tradicional  
dwich de Pavita



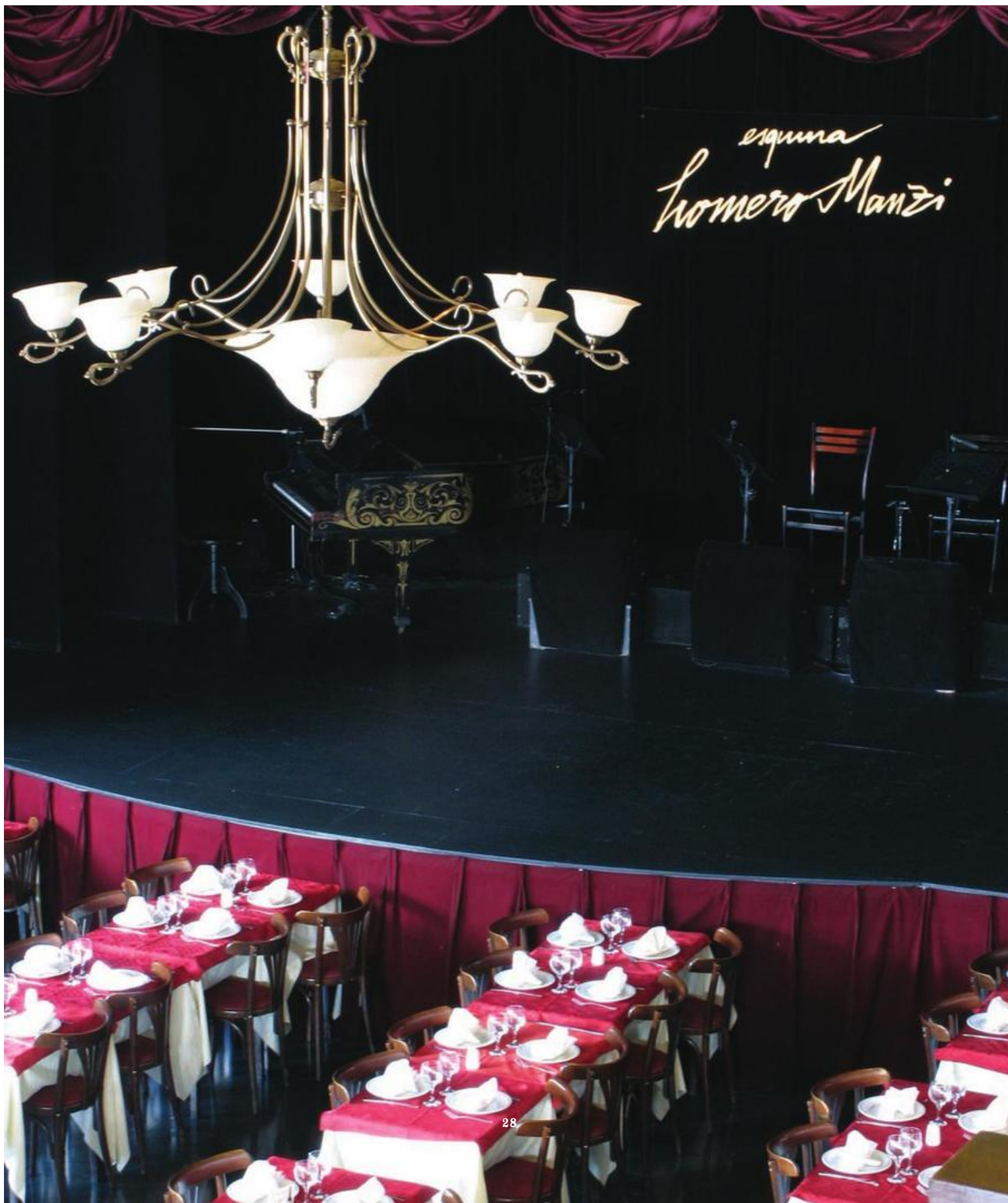
SUGERENCIAS		
CERVEZA	} chopp	Rubia — \$8 <sup>50</sup>
ARTESANA		Nesta — \$10
Mini tortilla española		— \$14
CHOPP DE SIDRA bien helada		— \$9
PICADA GRAN MARGOT		— \$49
RINONCITOS AL VERDEO		— \$20
SAND. DE PAVITA TRADICIONAL		— \$16 <sup>50</sup>
SAND. DE LOHO DE CERDO "MARGOT"		— \$28
TABLA DE SORPRESITA y queso campo		— \$17
RAVIOLES CASEROS DE PAVITA (ESPECIALIDAD)		— \$23
LOMO AL CHAMPIGNON		— \$43





# ESQUINA HOMERO MANZI

Boedo 999, Boedo



*“San Juan y Boedo antigua, y todo el cielo...”*

#### *Tango Sur de Homero Manzi*

La comunión máxima entre café y esquina la representan la confluencia noroeste de San Juan y Boedo y su café, exactamente en Boedo 999. Algunos memoriosos sostienen que el bar ya funcionaba en 1914, cuando empezaba la Primera Guerra Mundial. Aquí fue donde el gran Homero Manzi (1907-1951), en una de sus mesas escribió en 1948 el tango *Sur*: “Sur, paredón y después, Sur una luz de almacén...”, al que luego le puso música otro grande, Aníbal Troilo (1914-1975).

El primer nombre del local fue El Aeroplano, una silueta de esa intrépida máquina voladora aparecía dibujada en una de sus ventanas.

En el libro *Los cafés de Buenos Aires* Jorge A. Bossio dice: “Otros personajes y otras almas, ocuparon otras mesas del viejo café; eran los *malandrinos*, guapos, pero sencillos y humildes, capaces de convivir con los poetas de *Claridad* que a veces se acercaban a El Aeroplano. De la hojarasca del olvido aparecen aquellos seres casi mitológicos que fueron Tamaño Gavilán, el Pombo, Losada y otros cuyos nombres no recuerdan los viejos parroquianos de hoy, que llenaron de bullanguería el ámbito a veces silencioso del café. Antes de 1930, paraba todas las noches en El Aeroplano el después famoso anarquista Di Giovanni, antes de comer en la fonda de Grafigna a pocos pasos de la esquina. Concurría solo...”

En 1937 el café fue comprado por dos socios japoneses que le cambiaron el nombre por el de Nippon. En esa época se iba a tomar una ginebra acodado al establo y a escuchar los tangos que las vitroleras ponían en dos grandes fonógrafos. Once años más tarde, en 1948, los compatriotas de Foujita dejaron el local. Los nuevos dueños decidieron llamarlo Bar Canadian. En 1953 se hizo cargo don Eugenio García. A partir de 1981 el café adquirió su denominación actual, Esquina Homero Manzi. Por sus mesas transitaban Osvaldo Pugliese y su esposa, Cátulo Castillo, Sebastián Piana, Julián Centeya, José María Contursi, Roberto Rufino, Argentino Ledesma, Carmen Duval, Tito Reyes, Vicente San Lorenzo (autor del tango *Almagro*), Enrique Maciel (autor de la música de *La Pulpera de Santa Lucía*), el escritor Isidoro Blaisten, quien tenía una librería en un local del subsuelo de la vecina Galería Boedo, y Aníbal Lomba... todos ellos fieles seguidores en diferentes épocas.



El viejo revestimiento de roble siguió cubriendo parte de las paredes y las columnas lucían sus espejos manchados por el tiempo; un mural con la letra de *Sur*, pintado por Curci, reemplazó al realizado anteriormente por el pintor Félix Musculino, crédito plástico de Parque Patricios.

El sábado 6 de marzo de 1999, la tristeza invadió Boedo: el café había cerrado sus puertas. Las cortinas metálicas taparon la visión del viejo Mercado San Juan.

Afortunadamente durante el año 2001 y de la mano del señor Eulogio Pérez Ogando el café “Esquina Homero Manzi” volvió a vivir, renovado pero fiel a su espíritu tanguero, para felicidad de todos. Ahora hay espectáculos de tango de primera calidad en un magnífico escenario, y un servicio de cafetería y gastronomía acorde. En la ochava y sobre el acceso, preside la esquina la inconfundible cara de Homero, dibujada por Hermenegildo Sábat. La fachada continúa como antes, condecorada con numerosos blasones: un fileteado de Luisito Zorz, en homenaje a Manzi, de la Asociación Gardeliana Argentina; la del Senado declarando a la esquina Sitio Histórico Nacional; la del barrio de Boedo brindada a su hijo, el cantante Adrián Guida.

La boca de la línea E deja a los viajeros subterráneos en la misma puerta del café. El Esquina Homero Manzi es una parada obligatoria de la ciudad de Buenos Aires. 🍷

# LA BUENA MEDIDA

Suárez 101, La Boca

*“Para tomar bebida, tomar la buena, para tomar la buena, La Buena Medida”.*

En la esquina noroeste de Suárez y Caboto, frente a la mítica Plaza Solís, esa donde el histórico 3 de abril de 1905 un grupo de amigos fundó el Club Boca Juniors, se encuentra el café y restaurante La Buena Medida. Por los años 30, cuando era atendido por don Manuel Pazios, doña María y don Servando, funcionó con la clásica tipología de almacén y despacho de bebidas. En 1972 se hicieron cargo del local y del buen trato Ángel Schiavoni, conocido como Bebe, y su hijo Antonio, Tony para el barrio. El almacén ya no estaba.

Los espejos biselados del fondo del salón aportan un toque de elegancia con sus curvas modernistas, fueron detenidos en el tiempo mediante la sutil fotografía de Mariano Manikis. Un cartel pintado ofrece rabas, calamarettis fritos, mejillones (un clásico de la casa), especiales de jamón crudo y milanesa y las tradicionales pastas boquenses: los *strascinatti* con pesto.

Sobre las calles Suárez y Ministro Brin quedan unos interesantes ejemplos de la típica casa boquense de madera y chapa, con la policromía impulsada por el gran Benito Quinquela Martín, un verdadero pionero en las intervenciones urbanas.

Juan Troian quien tuvo un taller de reparaciones navales sobre Caboto, y que se destacó como figura del trío acrobático Everest, uno de los números vivos más solicitados en los cines porteños, fue un habitué de la Buena Medida entre los 70 y los 80.

En la barra Miguel Términe toma un café mientras recuerda tiempos en que para Navidad los vecinos de la calle Suárez compartían en una mesa callejera los manjares elaborados para tal celebración y La Boca era una fiesta.

En la parte posterior del local un grupo de parroquianos juega al truco, ginebra mediante. Una columna revestida con viejos espejos destaca su presencia en el generoso salón. El piso diferente nos permite interpretar dónde estuvo el almacén y cuál fue el despacho de bebidas. Una señora con un bebé en brazos y otro chiquito que se le cuelga del delantal entra para hacer un llamado desde el teléfono público.

La Buena Medida es uno de los genuinos refugios de La Boca. Tuvo un estaño muy importante que desde hace años luce en El Viejo Almacén, el mítico local tanguero fundado en San Telmo por el inolvidable cantor Edmundo Rivero.

Un vecino que perteneció a la añorada Agrupación Humorística Los Nenes de Suárez y Caboto, fundada el año 1949, nos confiesa: “Acá somos todos de Boca,

aunque también vienen algunos de los otros hijos de La Boca, los de River, los hijos nuestros”.

La inconfundible voz del Floreal Ruiz, con la orquesta de Jorge Dragone, se escucha cantando el tango de José Berra, que por los años 60 fue un suceso, *Muchachos yo soy de Boca....* De repente la radio lo interrumpe para dar la triste noticia de la muerte del gran Sandro, ídolo musical, creador de *Quiero llenarme de ti, Así, Penumbbras* y tantos otros éxitos.

El sol brinda sus últimos reflejos en la perspectiva de la calle Suárez hacia el Riachuelo, en el conventillo del 74 vivió durante muchos años el pintor Miguel Diomede, un lujo del barrio. La imagen se cierra con la banda voladora de la autopista a La Plata. Dos chicos juegan, y con un palo empujan la válvula esférica de una boca de incendio provocando la salida de un feliz chorro de agua. Un perro se sobresalta y se queja con un apagado ladrido.

“La Boca era otra cuando aquí funcionaba el puerto...” en una melancólica añoranza se lamenta un genuino xeneise.

Tony lleva una fuente de calamares a la mesa que da a la ventana de Caboto.

¡Boca te llevo en el alma, y cada día te quiero más! 🍷











## CAFÉ TORTONI

Avenida de Mayo 825/29, Montserrat

“Esta tarde, bajo una garúa más parisina que porteña, me regalo una de las delicias que brinda la ciudad. Caminar bajo los plátanos de la Avenida de Mayo hasta el número 829 y entrar al café de los cafés”, dice de manera muy bella Álvaro Abós en su libro *Al pie de la letra. Guía literaria de Buenos Aires*.

El gran Café Tortoni cumplió 150 años. Fue fundado por monsieur Touan en 1858 en el local de la esquina de Esmeralda y Rivadavia. Por los años 80 se trasladó a Rivadavia 826, y en el predio dejado se instaló la famosa Confitería del Gas. En el año 1884 se autorizó la apertura de la Avenida de Mayo, cortando por el medio las manzanas comprendidas entre Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen) y Rivadavia, transformadas en dos manzanas más pequeñas y de planta rectangular. Por esta razón el Tortoni debió construir su fachada sobre la nueva arteria porteña, su autor fue el prestigioso arquitecto Alejandro Christophersen. Se inauguró el 26 de octubre de 1894, razón por la cual se ha declarado esa fecha como Día de los Cafés Porteños.

Entre 1926 y 1943 en su subsuelo funcionó la famosa Peña del Tortoni. Benito Quinquela Martín, Juan de Dios Filiberto, Julio De Caro, Carlos de la Púa, Emilia Bertolé, Milagros de la Vega, y el presidente Marcelo T. de Alvear fueron solo algunos de los personajes que la frecuentaron.

Recordamos la inolvidable velada del 25 de junio de 1927, ofrecida en honor al novelista, dramaturgo y poeta italiano Luigi Pirandello (1867-1936), autor de *El difunto Matías Pascal* y *Seis personajes en busca de autor*, quien se encontraba de visita en nuestra ciudad. La Peña del







Tortoni se engalanó para dicho homenaje con la presencia de distinguidas personalidades del ambiente literario, teatral, pictórico y político. El broche de oro de la noche fue la interpretación de varios tangos por parte de Carlos Gardel, entre ellos *Mi noche triste*, *Mano a mano* y *Silbando*, calurosamente aplaudidos por don Luigi, quien siete años después obtendría el Premio Nobel de Literatura, cuando ya hacía dos que Gardel había ingresado en la inmortalidad.

La presencia, además de los ya mencionados, de Federico García Lorca, Ramón Gómez de la Serna (“Nada se parece tanto a la imagen de la luna como la mesa de mármol de un café”), Arturo Cuadrado, Horacio Quiroga, Alfonsina Storni, Conrado Nalé Roxlo, Raúl y Enrique González Tuñón, Nicolás Olivari, César Tiempo, Raúl Scalabrini Ortiz y Baldomero Fernández Moreno, determina el perfil literario que tuvo el Café.

En la sala Alfonsina Storni, con los grabados de Ana María Moncalvo prestigiando sus paredes, el tango es el protagonista: allí noche a noche se presentan diferentes espectáculos de música y baile, además de cantantes como Nora Bilous, Che Che, y la magnífica María Volonté.

De la mano de don Roberto Fanego, y con el constante y apasionado apoyo que tuvo del poeta Alberto Mosquera Montaña, el Café Tortoni es sin duda el más representativo de los Cafés de Buenos Aires, sus 150

años así lo atestiguan al igual que su chocolate con churros, su leche merengada y su sidra tirada.

Fernández Moreno, en 1925, escribió el bello poema *Viejo Café Tortoni*:

*A pesar de la lluvia yo he salido  
a tomar un café. Estoy sentado  
bajo el toldo tirante y empapado  
de este viejo Tortoni conocido.*

*¡Cuántas veces, oh padre, habrás venido  
de tus graves negocios fatigado  
a fumar un habano perfumado  
y a jugar el tresillo consabido!*

*Melancólico, pobre, descubierto,  
tu hijo te repite, padre muerto.  
Suenan la lluvia, núblanse mis ojos,  
sale del subterráneo alguna gente,  
pregona diarios una voz doliente,  
ruedan los grandes autobuses rojos.*

El café más antiguo que permanece abierto en Buenos Aires es el legendario Tortoni. Merece un capítulo especial dentro de la historia porteña, pero en este caso solo nos referiremos a él como —es obvio— el pionero de los Cafés Notables de Buenos Aires. ☕





## EL QUERANDÍ

Perú 302, Montserrat

En Perú 302, esquina Moreno, se encuentra el tradicional café El Querandí, en el solar que don Juan de Garay, luego de la segunda fundación de Buenos Aires cediera, en 1583, a don Alonso Gómez del Mármol.

En el mismo predio, hacia 1860, funcionó la Escuela Modelo, vecina por la calle Moreno con la residencia de la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires, cuando aún a la ciudad le faltaban veinte años para ser capital.

En los altos del edificio se asegura que vivió por un tiempo, durante el año 1912, el poeta nicaragüense Rubén Darío, verdadero protagonista de la bohemia porteña.

En 1920 la vieja casona se modifica transformándose en el Bar Querandí, que con su nombre rinde homenaje a los querandíes, indígenas asentados en la zona noroeste de la provincia de Buenos Aires.

“Ananá fizz, cóctel de moda”, decía una gruesa vitrea colocada sobre uno de los espejos por los hermanos Suárez, por entonces propietarios. Durante muchos años este trago fue un clásico de El Querandí.

El agrimensor Jorge Lasa, como muchos de los habitués de los años 40, recordaba a un mozo de apellido



Paz, hombre cordial y sensible, quien diariamente cuando el local estaba por cerrar, ya entrada la noche, ayudaba al propietario, Pedro Anglada, a rematar entre los últimos parroquianos, que solían ser alumnos de la vecina facultad y del Colegio Nacional, los sándwiches que habían quedado del día, a precios muy convenientes para los estudiantes.

El escritor Ernesto Sabato en su libro *Antes del fin* (1998) recuerda: “El túnel fue rechazado por todas las editoriales del país... Aún recuerdo la tarde en que se abrió la puerta del Querandí –el mismo café en que luego frecuentaría mis encuentros con Gombrowicz–, y vi aparecer a Matilde llorando, encorvada, trayendo entre sus manos los originales de mi novela, que yo no me había atrevido a retirar, tanta era mi vergüenza...”

El Querandí (junto al Rex) era el café favorito de Gombrowicz. Fue allí cuando, la tarde del 26 de abril de 1947, Gombrowicz, junto al escritor cubano Virgilio Piñera y Humberto Rodríguez Tomeu, dijo, a eso de las seis de la tarde: “Vamos, Piñera, llegó el momento... Empieza la batalla del ferdydurkismo en Sudamérica”. Los tres, entonces, salieron del Querandí y se fueron a la editorial Argos, situada a la vuelta, y retiraron los ejemplares recién impresos de *Ferdydurke*.

Cuando estuvo a punto de desaparecer, en 1979, la decisión de la Comisión Permanente para la Preservación de Zonas Históricas y la posterior intervención del presidente de la Nación Dr. Raúl Alfonsín, lograron que esto no sucediera. La casa fue entregada a la Comisión de ex alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires, que utilizó la planta alta como sede y otorgó el Café en concesión.

Restaurado en 1992 fue considerado por el Museo de la Ciudad de Buenos Aires “Testimonio Vivo de la Memoria Ciudadana”, “Sitio de Interés Turístico por la Secretaría de Turismo de la Nación” y “Bar Notable” por la Comisión correspondiente.

Un ambiente discreto y bello con capacidad para doscientas personas, donde el pasado se funde en un feliz presente, con sus columnas salomónicas y su elegante *boiserie* oscura. Hoy El Querandí ofrece todas las noches su cena con el espectáculo Tango e Historia, donde se lucen tanto los músicos como los cantores y las parejas de baile.

En Buenos Aires, la noche va cayendo, la ciudad se entrega al ensueño. Los faroles de la fachada parecen encenderse aún más avivados por los compases de *Fumando espero*: “Dame el humo de tu boca...” 🍷











# BAR CARLITOS

Carlos Calvo 2607, San Cristóbal



En la esquina de Carlos Calvo y Saavedra, una tradicional construcción de una sola planta de principios del siglo XX encierra una gran parte del espíritu del barrio de San Cristóbal y de su gente. El bar Carlitos, fundado por don Manuel García, está allí desde 1908. Nació como almacén (donde solía comprar la cantante Ada Falcón) y despacho de bebidas, clásica tipología comercial, como lo atestigua una veterana chapa enlozada.

Entrar en el bar Carlitos es ingresar en un mundo poético y singular: mágico. El estañó original sobre el mostrador, delata la autenticidad del recinto. Detrás cuelga una estantería cargada con botellas antiquísimas, algunas de colección como por ejemplo una de más de cien años: “¿ves que tiene una bolita?... era para que no se le vaya el gas, es de origen inglés y era el envase de la primera bebida gaseosa” explica Carlos Nieva, orgulloso dueño del local.

También hay botellas de Bidú, de Bidú Cola y de Spur Cola, de Gini, de ginebra (porrones de cerámica), del famoso Anís del Mono de Badalona e infinidad de bebidas, muchas de ellas que ya no se fabrican. A manera de guía turístico, Carlos señala los estantes: “las botellas que están de acá para abajo tienen más de cincuenta años...” ¡y no son pocas!

Las paredes presentan una rica iconografía porteña. Diversos artículos periodísticos, fotos del equipo de San Lorenzo de Almagro y diferentes objetos que ya son parte de la historia están allí como testimonio de la vida cotidiana de Buenos Aires: radios y estufas eléctricas pioneras; faroles y calentadores; bicicletas; una añeja vitrola que todavía funciona y de tanto en tanto revive con un disco 78, de pasta, con la orquesta de Julio de Caro o con la inigualable voz de Carlos Gardel; un tocadiscos Wincofón, que nos remite a Billy Cafaro y al Club del Clan; tarros de lechero; carteles enlozados de publicidad, un sulkyciclo Monterrey, lujo para los chicos entre los años 1950 y 1960; un par de los añorados botines Sacachispas, entre muchos más. A un costado del mostrador hay una veterana máquina registradora que aún funciona y emite tickets.

Como si faltara algo, Nieva nos muestra una cajita de fósforos de cera marca Ranchera, y al levantar la solapita

se observa la leyenda *Plan Quinquenal* que delata su tiempo. A la izquierda de la barra, y más al fondo del local, hay varias mesas de madera con sus respectivas sillas, ocupadas por consecuentes parroquianos “de toda la vida”, jugando al truco o al tute, “por una vuelta”, ya sea de ginebra, whisky o vino: “no jugamos por plata porque está prohibido, pero si lo hacemos por nada sería muy aburrido, entonces el que pierde paga una copita de caña o la ginebrita al ganador”. Carlos o Carlitos, como lo llaman los habitués, declarado Vecino Solidario de San Cristóbal por la Legislatura porteña, manifiesta: “el atractivo del lugar es que permanece como fue desde su inauguración y no estamos dispuesto a cambiar nada, aunque harían falta algunos retoques. Mi viejo era fanático de Gardel, por eso le puso ese nombre al bar y también a mí”.

Carlitos se entusiasma y va contando: “En la otra cuadra (Carlos Calvo 2540) vivió José Razzano, el guitarrista que hizo dúo con Carlos Gardel y ahí enfrente, en la esquina, vivía Rafael Bueno, el del dúo cómico Buono-Striano, siempre venía a tomar algo. También frecuentan el bar los hermanos Bonavena, Vicente y José, algunas veces vino ‘Ringo’. Hace poco estuvo Guillermo Rico, un tipo macanudo, se puso a cantar para los muchachos, en una oportunidad vinieron a jugar a las cartas Hugo Sofovich y Jorge Porcel”.

Desde hace algún tiempo el local ha sido descubierto por sensibles visitantes como Lucas Langelotti, el periodista suizo Gallus Hufenus que escribió muy bellas crónicas sobre el bar, o por un grupo de turistas franceses acompañados por el actor Lito Cruz, quien se mueve en el bar con toda familiaridad, seguramente recordando los años de su niñez cuando su padre tenía un bar, tal vez con características similares, allá por Berisso.

El sábado 29 de noviembre de 2008 Carlitos se vistió de fiesta, y San Cristóbal y toda la ciudad lo acompañó en el merecido festejo por sus primeros 100 años de sueños y de vida.

El tango *Bar Carlitos, el refugio* con letra de Otilia Da Veiga y música de Juan Carlos Martínez lo homenajea. Bar Carlitos, sitio emblemático de Buenos Aires para conocer y preservar, parte activa de nuestro patrimonio cultural. 🍷

# MIRAMAR

Sarandí 1190, San Cristóbal



En la esquina de avenida San Juan y Sarandí encontramos un edificio de tres plantas construido poco después de 1900. Su planta baja estuvo ocupada, de 1920 a 1948, por la prestigiosa sombrerería de medida C. Della Corte, que entre otros clientes tenía nada menos que al propio Carlos Gardel; a Francisco Canaro, quien vivía a media cuadra, cruzando San Juan, y a Vicente Greco, “Garrote”, creador de la orquesta típica, a la que incorporó dos instrumentos ignorados por el tango de las academias: el piano y el bandoneón, también vecino.

La gente del barrio cuenta que Gardel salía del Café de los Angelitos, en Rivadavia y Rincón, y que por esta última caminaba hasta San Juan donde se encontraba con algunos amigos; uno de ellos, familiar de los Ramos (luego propietarios de El Miramar), fue quien le hizo conocer la casa Della Corte, que en uno de sus avisos decía: “Los famosos Monza, nueva creación 1930-31, de castor extra, modelo 782, sombrero elegante, de bonita ala 5,5 y 5,75, colores negro, beige, marrón, plomo, gris perla, gris claro. Solicite catálogo gratis. Se remite libre de gastos”.

Luego del cierre de la sombrerería y después de algunas modificaciones comenzó su actividad el Miramar, con la clásica distribución de almacén y despacho de bebidas. Su fundador fue don Manuel Ramos, a quien sucedieron Alfredo Ramos y su hijo Fernando, actual gerente.

Cuando en 1998 el Miramar cumplió cincuenta años, la Legislatura porteña bautizó a la esquina con el nombre de Gardel, Canaro y Greco.

La visión desde el bar-restaurant hacia la rotisería es muy bella debido a la transparencia de la separación de cristal y a los diversos colores de las botellas. Los manteles blancos, la madera en los muros, los grandes ventanales que permiten observar el movimiento exterior, la natural sencillez y los mozos, amables como los de antes, con sus chaquetas color papel madera, generan el clima tan particular y agradable que posee.

En materia de vinos llama la atención su carta. Clásicos y modernos, con vinos tan especiales como Paisaje de Barrancas y Paisaje de Tupungato de Bodegas Flichman o el Dedicado, cosecha 1999 de la misma bodega, en un marco tan austero. Tienen hasta el difícil –por escaso– Rutini Pinot Noir; toda la colección de Finca La Anita y Catena Zapata 99 o un buen Bonarda de Altavista.

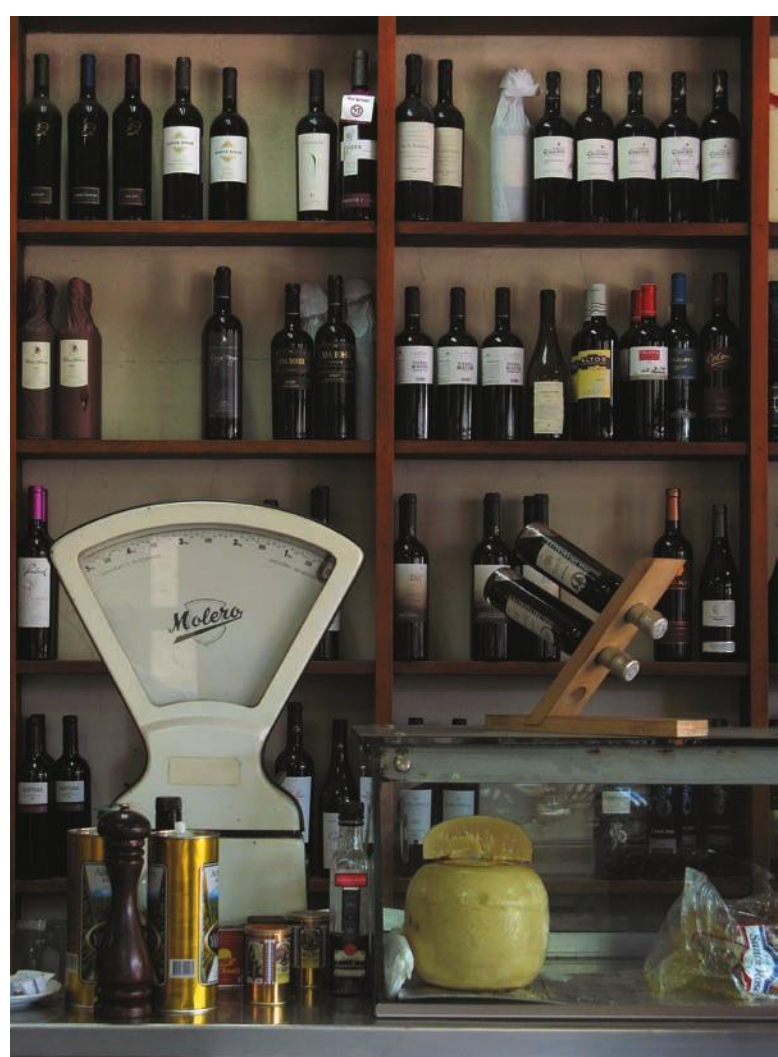
El Miramar es un bar y restaurante muy concurrido, donde se puede almorzar y cenar todos los días, excepto los lunes que permanece cerrado. Para cuatro personas recomendamos la picada de la casa más una tortilla española.

Su clientela ha sido y es muy amplia. Desde el presidente Dr. Arturo Frondizi, a los boxeadores Prada y Gatica, pasando por los bandoneonistas Astor Piazzolla, maravilloso compositor de *Adiós Nonino*, y Julio Pane; el autor teatral Oscar Viale; la señora Otilia Da Veiga, de la Junta de Estudios Históricos de San Cristóbal y notable poeta lunfarda, y el gran cómico Alberto Olmedo, quien solía cenar con los mozos transformando la comida en una fiesta.

Fernando Vidal Buzzi al referirse a este local dice: “Fernando Ramos demuestra que se puede mantener la calidad, ambientación y una cocina, ingredientes que identifican al lugar. Mediodía o noche encontrará desde una buenísima tortilla, a caracoles, ostras y ranas, pasando a la cazuela de rabo o a las sardinas asadas. En invierno, riquísimo mondongo (vaya temprano que se acaba). La carta de vinos sigue con perlas difíciles de hallar en otro lado”.

El Bar Miramar es un sitio entrañable, para no perderselo. 🍷

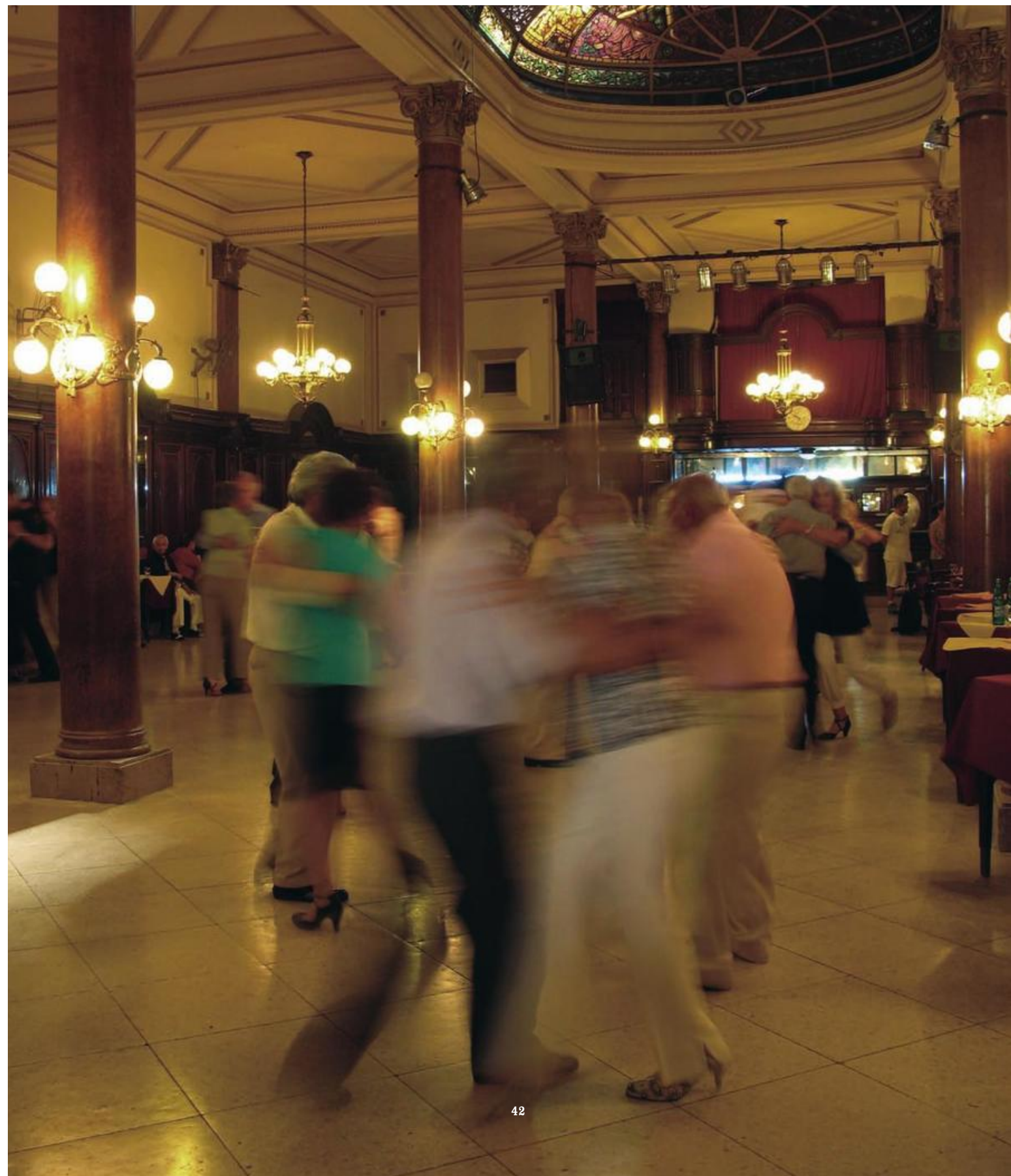






# CONFITERÍA IDEAL

Suipacha 384, San Nicolás







La Confitería Ideal abrió sus puertas en el año 1912. Su fundador fue don Manuel Rosendo Fernández, un emprendedor inmigrante español oriundo de Pontevedra, es decir gallego de pura cepa. Dos óvalos de bronce con una estilizada flor de lis, representación heráldica del lirio, enmarcan el acceso. Esta confitería se caracterizó por la calidad de sus productos. Ya en la década de 1920, el presidente de los argentinos, don Hipólito Yrigoyen, mandaba a comprar sus exquisitas palmeritas.

En la planta baja está la confitería propiamente dicha. El uso del amplio salón está determinado por diez columnas con estuco marmolado. El palco de la orquesta de señoritas, utilizado hasta fines de los 40, parece presidirlo.

Ramón Gómez de la Serna ilustre escritor madrileño quien vivió en Buenos Aires entre 1936 y 1963, en su libro *Explicación de Buenos Aires* dice: “En algunas confiterías, como en la llamada Ideal hay en un palco flotante orquesta de señoritas vestidas con traje de baile y tiene un gran público admirador que las mira, como miran el cielo entreabierto las benditas almas del purgatorio...”

Algunos memoriosos recuerdan cuando por los años 50 se servían los sándwiches Porteño, con forma de rombo, y Lucerito con pan de brioche, jamón y huevo duro. Eran años de esplendor en que la calle Lavalle con su colección de cines le proveía una clientela permanente. Osvaldo Norton o Juancito Díaz animaban las veladas con su música de gran calidad.

El ingeniero Domingo Selva, figura descolante durante los festejos del Centenario en 1910; el escritor

polaco Witold Gombrowicz; el Dr. Arturo Illia, gran presidente y ejemplo de demócrata, y Abelardo Arias, Premio Nacional de Literatura, junto a visitantes como Maurice Chevalier, María Félix, Dolores del Río, Germaine Damar y Vittorio Gassman son algunos de los personajes que la frecuentaron.

El salón está recubierto por una *boiserie* original de roble de Eslavonia, y hace gala de un mobiliario Thonet auténtico. Este estilo entre genuino y decadente, muy cinematográfico, la convirtió en el escenario ideal para determinadas instancias. Ha sido elegida por directores de cine como Enrique Carreras quien en 1974 registró escenas para *Los chicos crecen* con Luis Sandrini, Susana Campos y Olga Zubarry; Alan Parker para filmar una escena de la película *Evita* con Madonna como protagonista acompañada por Antonio Banderas, y también por Carlos Saura para su deslumbrante film *Tango*. Bien podría haber sido el ámbito para la filmación de *El baile* de Ettore Scola.

En el primer piso, donde antes estuvo el salón de fiestas (casamientos, despedidas o cumpleaños), funciona todas las noches, y algunas veces por la tarde, una de las milongas más populares y auténticas de la ciudad. Todos los días, además, hay clases de baile en diversos horarios. Los viernes y sábados a las 21.30 se ofrece una cena-show.

La Ideal, junto al Tortoní, Las Violetas y la desaparecida Del Molino, fueron los tres mosqueteros de las confiterías porteñas. La Richmond, la París y la Del Águila discuten esta analogía.



La Ideal se mantiene como un baluarte de las confiterías de la *belle époque*, continúa en pie tratando de sostener su identidad.

Un clásico entre los clásicos, hoy afirmado por el tango, la Confitería Ideal permanece abierta todos los días de 6 a 24: “En el corazón de Buenos Aires, sabor ideal, precio ideal”. 🍷







## LOS GALGOS

Callao 501, San Nicolás

El entrañable café de los hermanos Ramos, ubicado en la planta baja del edificio de la esquina noreste de Lavalle y la avenida Callao, en su origen fue la residencia de la familia Lezama. Es uno de los clásicos del Centro. Inició su actividad en el año 1930 (antes allí habían funcionado, primero una sucursal de la casa de máquinas de coser Singer y luego una farmacia). El local se ha mantenido en un buen estado de conservación, sufriendo solo los cambios imprescindibles de las diferentes actividades según las épocas.

Fue un inmigrante español, asturiano más precisamente, quien instaló el almacén y despacho de bebidas Los Galgos.

“Salimos de España como emigrantes, y cuando aparece, magnífica, la Cruz del Sur en las alturas, nos transformamos en inmigrantes”, escribió Ramón Gómez de la Serna, aquel impar escritor madrileño que tanto amó a los cafés porteños.

En 1948, otro español, don José Ramos, adquirió el local y respetó su nombre. “El asturiano que fue el propietario anterior, era aficionado a los galgos, que son

famosos en Asturias, y a nuestro padre le pareció bien no cambiar la denominación del café”, comenta amablemente Horacio Ramos quien junto a sus hermanos, Alberto e Inés, continuaron la actividad paterna.

La sobria y a la vez esmerada atención ofrecida en Los Galgos, junto a su clima tan particular (con sus sillas de madera, los dos galgos de porcelana, la estantería *art déco*, el bello grifo de bronce con forma de cisne, las puertas vaivén, el retrato del infaltable Carlos Gardel taraceado en la *boiserie*, las surrealistas imágenes de perros con vestimenta humana, el bello cuadro que representa el interior del café, obra del pintor Alberto Saichann, lo hacen el preferido de muchos porteños a la hora de comer un buen sándwich especial en pan francés o un triple de jamón y queso tostado, con un vaso de vino; tomar un café con leche con medialunas de grasa o con pan y manteca; combatir la sed con una cerveza, o disfrutar acompañado de un clásico vermouth con un *triolé* (con queso, aceitunas y maníes).

Allí concurren, consecuentemente, Enrique Santos Discépolo y Tania, vecinos del café (vivieron en Callao al 800); Julio De Caro, verdadero renovador del tango; Enrique Cadícamo, quien en una de sus mesas alguna vez lamentó no haber escrito *Nostalgias* antes de la muerte de Gardel; Aníbal Troilo; el Dr. Arturo Frondizi, presidente de la Nación entre los años 1958 y 1962; el Dr. Oscar Alende, recordado gobernador de la Provincia de Buenos Aires y fundador del Partido Intransigente; el



actor Osvaldo Miranda, declarado fanático de Atlanta; el escritor Abelardo Arias, Premio Nacional de Literatura con su novela *Polvo y Espanto*; el pianista y compositor Mario Valdéz, quien solía reunirse a tomar un café con el trompetista Rubén Barbieri (compositor de la música de la película *El Perseguidor*, de Osias Wilensky, y hermano del famoso “Gato”); el gran Martín Karadagián, creador del recordado programa televisivo de catch Titanes en el Ring; el pintor y escultor Santiago Cogorno, autor de bellos óleos como de sensuales y contundentes figuras femeninas en madera patinada, y el periodista y escritor rosarino Reynaldo Sietecase, autor de *Bares: barcos en tierra a orillas del Paraná*, entre muchos otros personajes notables.

Además de sus habitués, las paradas de colectivos en la vereda de Lavalle (115 y 124) y de Callao (12, 37, 60 y 150) le proporcionan un sinnúmero de fugaces clientes.

La curva de la peatonal Discépolo, antes Rauch, se deja ver en diagonal por las ventanas. “Nunca fue recta Rauch; creo que ni existió: la inventó *La Porteña* que al pasar la dobló”, escribe el poeta Rubén Derlis.

La noche porteña comienza a apoderarse del Centro. Un caballero saborea un café doble apenas cortado en compañía de una señorita que pidió una gaseosa light; hacen tiempo mientras esperan que llegue la hora para ver la película elegida en un cine de Corrientes.

Se escuchan ocho campanadas de la Iglesia del Salvador. En una hora Los Galgos bajará su cortina metálica hasta mañana bien temprano. ☕



# BAR SUR

Estados Unidos 299, San Telmo



Estados Unidos 299, el sonido del bandoneón ilumina con un tango la esquina con Balcarce. La brisa susurrante que viene desde el río lo acompaña calle arriba, siguiendo las desocupadas vías del tranvía que por Estados Unidos surcan el tintineante empedrado de cuarzo, mica y feldespato.







En la esquina “que señala el vértice sudeste del ejido de la ciudad de Buenos Aires en la época de su fundación por don Juan de Garay en 1580”, según informa un folleto, 387 años después en 1967, el Bar Sur abrió sus puertas.

El local forma parte de la planta baja de un edificio de tres plantas construido alrededor de 1910. Dos esferas luminosas escoltan el acceso. En las vidrieras algunas fotos de visitantes y de los artistas actuantes se destacan entre las suntuosas cortinas. Tras haber ingresado se descubre un ambiente intimista, amable. La señora Beatriz Mendonça y Luján atienden con oficio y cordialidad: “El Bar Sur no tiene clientes, tiene amigos”.

El piso en damero blanco y negro sirve de apoyo para las mesas de madera y las sillas de tipo vienés. Dos dibujos del magnífico retratista Máximo Paz, uno con el rostro de Ricardo Montesino, responsable del Bar Sur, y el otro con una mágica versión de Carlos Gardel, sobresalen entre la porteña iconografía que da vida a las paredes.

Nuestra atención se detiene ante una foto de Francisco Canaro y otra del desaparecido Unión Bar, local que también fue dirigido por Montesino, en Balcarce casi Independencia, cuando todavía era angosta. Héctor Negro dedicó el poema *Primos hermanos* a ambos bares. Una vieja moladora de café, un cartel fileteado con el nombre del local y una antigua máquina de café Omega aportan su veteranía ciudadana.

Bar Sur ofrece shows de tango diariamente. Fueron muchos los artistas que aquí se lucieron, recordamos a los cantores Tito Reyes (un fenómeno de la orquesta de Aníbal Troilo), al gran Roberto Rufino, Alberto Podestá (quien continúa en actividad) y Carlos Ferrone; a los músicos Ernesto Baffa, Osvaldo Berlingieri, Néstor Marconi, José Colángelo, Polito Melo y Mario De Carlo (compositor del tango *Bar Sur*, con letra de Carlos Lagos), a las cancionistas Pola María y Lois Blue y al eximio violinista Hernán Oliva.

El escritor Marco Denevi al referirse a este local dijo: “En mi larga vida, la noche porteña está indisolublemente asociada con dos lugares célebres: el Bar Sur y el desaparecido Bar Unión... La atmósfera cálida, acogedora y me atrevo a decir familiar reina en el Bar Sur...En este pequeño gran templo nocturno, podemos oficiar nuestros rituales más queridos, más característicos de nuestra condición de porteños”.

La escritora Luisa Mercedes Levinson, autora del libro de cuentos *La pálida rosa de Soho* (1959), con el que obtuvo el Premio Municipal, lo mismo que la reconocida actriz de cine y teatro Elsa Berenguer siempre recordaron



con gran placer y entusiasmo sus visitas al Bar Sur, como tanta otra gente.

*Happy Together!*, del director chino Wong kai Wan, es una de las películas de las cuales se filmaron algunas escenas en el Bar Sur.

Liza Minelli, Sean Connery, Mario Vargas Llosa, Christopher Lambert, Raúl Juliá y el genio ecuatoriano de la pintura Osvaldo Guayasamín (quien dejó un dibujo como recuerdo de su paso), son algunos de los visitantes que sucumbieron ante el hechizo del tango en esta esquina de San Telmo.

La melodía de *Otoño porteño*, de Astor Piazzolla invade el ambiente. 🍷

# CAFÉ LA POESÍA

Chile 502, San Telmo

La Poesía abrió sus puertas en la esquina sudoeste de Chile y Bolívar, el 12 de abril de 1982 de la mano del poeta Rubén Derlis. Enfrente, en la esquina noroeste, el poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, finalizó, casi cien años antes, en 1886 el gran poema épico charrúa *Tabaré*.

“En seis años La Poesía se convirtió en un ámbito de referencia para la generación de poetas del 60 que tuvo a Juan Gelman, Francisco “Paco” Urondo, Olga Orozco, Rubén Derlis y Alejandra Pizarnik, entre otros, como los exponentes de mayor influencia de aquella corriente. La lista debe incluir a Roberto Santoro, César y Manrique Fernández Moreno (hijos de Baldomero), Lubrano Zas, Mario Jorge De Lellis, Isidoro Blainsten, Humberto Constantini y Nira Etchenique, entre tantos otros. La intensa década produjo una literatura social contestataria, iconoclasta y revulsiva, letras militantes como lo expresara Paco Urondo. También congregó a la nueva generación de poetas empujados por la naciente democracia. Fue un lugar de referencia indiscutida para la época”, manifiesta el periodista Leonardo Busquet.

En La Poesía se crearon distintos talleres de narrativa y poesía coordinados por el poeta Rubén Chihade. Las melodías del piano, a cargo de Dystor Pérez, definían el clima del local. Aquí se fundó el Grupo de los Siete, impulsado por el propio Derlis. Fue el lugar de encuentro de UNCIPAR, Unión de Cineastas de Paso Reducido. Además se concretó el ciclo “Poesía Lunfarda” y los distintos encuentros de literatura policial y de jazz.

De sus parroquianos recordamos a Miguel Briante, Isidoro Blainsten, Oscar Ferrigno, Juan Carlos Gené, Eduardo Bergara Leuman, Edmundo Rivero, Horacio Salas, Héctor Negro y Humberto Costantini, entre tantos otros.



En una de sus mesas Horacio Ferrer (Ciudadano Ilustre de la ciudad de Buenos Aires desde 1992 y de la de Montevideo a partir de 2002) conoció a Lucía Michelli, “Lulú”. El amor desplegó su misterio, y el autor de *Chiquilín de Bachín* le dedicó el bello poema *Lulú*. Raúl Garelo le puso música de vals.

*“Te acordás del café La Poesía  
esa mágica noche en San Telmo,  
Buenos Aires urdió nuestro encuentro  
tan romántica y dulce Lulú...”*

Otro habitué de este local fue el extraordinario violonista chileno Hernán Oliva que emocionaba tanto interpretando *Minor Swing* como *Nieblas del Riachuelo*. Junto a otro genio musical, Enrique “Mono” Villegas, hicieron de las suyas para goce de los presentes.

Hoy, luego de 20 años, La Poesía reabrió sus puertas en la misma esquina porteña y con iguales características. Con el renovado impulso de Pablo Durán y Laura Carro más el aporte de Rubén Derlis, La Poesía volvió. Las entrañables fotos de Roberto De Luca y la fotogalería que rinde homenaje a nuestros poetas (Borges, Girri, González Tuñón, Fernández Moreno, Gianuzzi, Olga Orozco, Requeni, Esteban Moore, etcétera) aportan lo suyo, tanto por su valor estético como testimonial.

Es interesante ver cómo distintos grupos literarios ya se afincaron en el lugar a poco de su reapertura, Minotauro y Ciudades Lectoras ya son de la partida y eligieron a La Poesía como ámbito permanente de reunión. Finalmente destacamos que La Poesía ha sido declarado “Sitio de Interés Cultural de la ciudad de Buenos Aires” por la Legislatura porteña. 📖













## CAFÉ DE GARCÍA

Sanabria 3302, Villa Devoto

Conocer el Café de García significa volver, provoca adicción. “Villa Devoto, el Jardín de Buenos Aires” tiene en la esquina de Sanabria y José Pedro Varela uno de sus principales hitos, es el café del barrio, y el barrio lo agradece, aunque la gente llegue desde cualquier lado. Los hermanos Rubén y Hugo García son felices con su trabajo y eso se nota, salta a la vista. Fueron sus padres, Metodio García y Carolina, quienes ocuparon el local en el año 1937, cuando Roberto M. Ortíz era electo presidente de los argentinos, se inauguraba la Avenida 9 de Julio y hacía dos años que Carlitos había muerto en Medellín.

Hoy Rubén y Hugo, declarados Artífices del Patrimonio por el Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, homenajean a sus padres con el Paseo Metodio y Carolina armado en su vereda con antiguas rejas por donde trepan airoosas y fragantes glicinas. El anexo donde se sirven las magníficas y

características picadas de la casa, los jueves, viernes y sábados por la noche, lleva también el mismo nombre. Vitel tonnè, buñuelos de pescado, strudel de verdura, merluza en escabeche, pascualinas, salchichas acarameladas, ajíes en aceite, papas fritas y queso provolone son parte del festín.

En el salón del café, tres mesas de billar comparten el lugar con una camiseta de la selección nacional dedicada y autografiada por Diego Maradona, con una lámina con los retratos de los jugadores del Boca Juniors campeón de 1935, con fotos de Gardel y del genial boxeador Nicolino Locche, de Alfredo Distéfano y de Pancho Varallo, con almanques de Alpargatas, aquellos con los excelentes dibujos de Luis J. Medrano, una caricatura de Roberto Goyeneche y con la partitura del tango *Nostalgias* dedicada por su autor, Enrique Cadícamo, entre muchas otras reliquias ciudadanas. En lo alto, una gran bandera azul



y oro, que adhiere a alguno de los últimos campeonatos obtenidos por el equipo de la Ribera, revela el paladar futbolístico de los hermanos García.

El poeta y editor español Arturo Cuadrado, el relator y periodista uruguayo Victor Hugo Morales, Alejandro Dolina, Darío Grandinetti, y los ex rugbiers de San Martín Rudy Hein y Patricio Mc Cormick son solo algunos de los seguidores de los hermanos García.

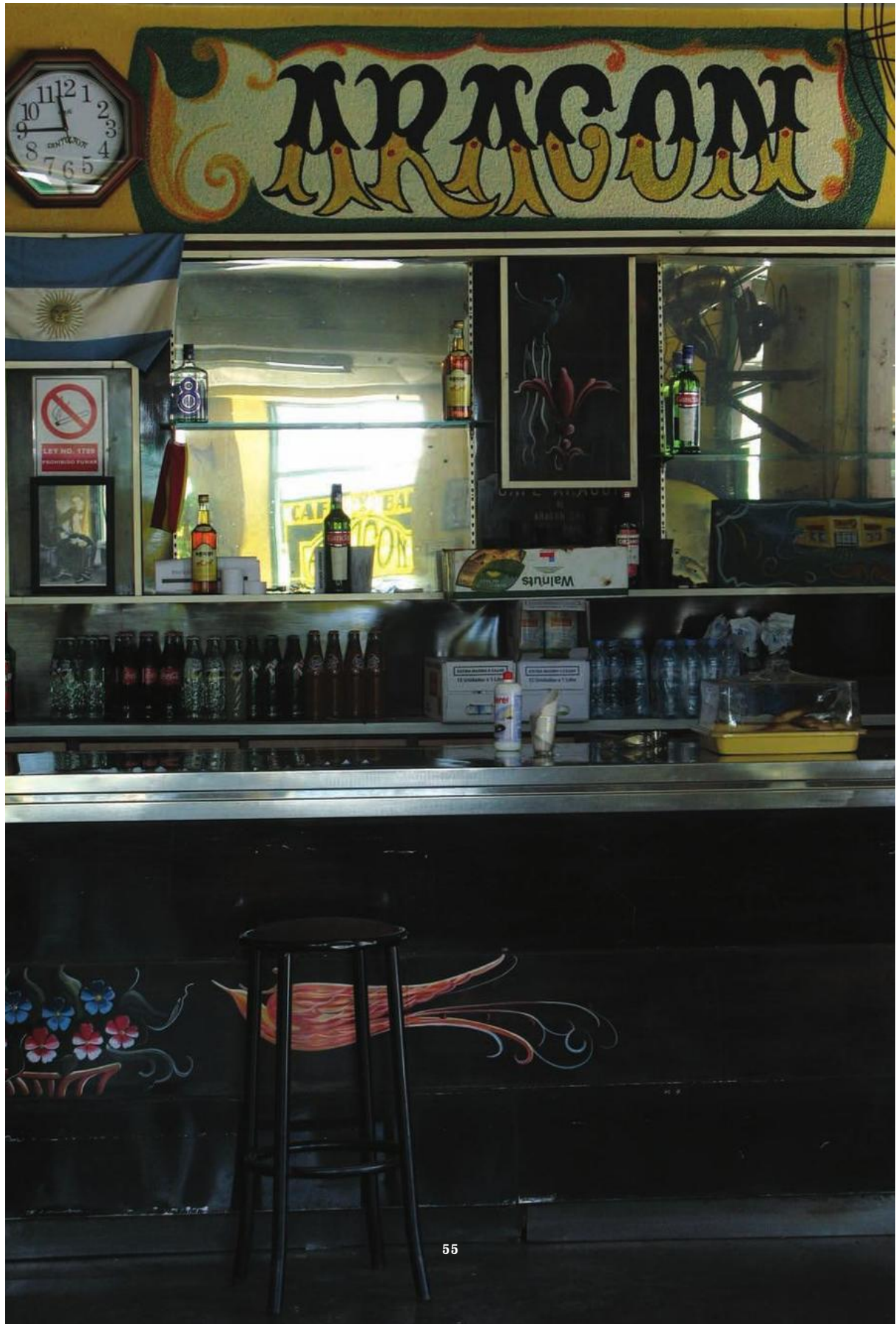
El fondo musical del 2 x 4 adquiere las características de un abrazo fraternal. El sonido de las carambolas nos recuerda que aquí se filmaron escenas de la película *No te mueras sin decirme adónde vas* de Eliseo Subiela, donde Rubén García debuta como actor (su hija María Laura García es una reconocida bailarina y actriz), atendiendo a Grandinetti que le pide “lo de siempre”.

Café Notable, Sitio de Interés Cultural, declarado por la Legislatura porteña, y el diploma del Museo de la Ciudad, “como testimonio de la memoria ciudadana” son algunos de los blasones del Café de García, un lugar para disfrutar y compartir entre amigos. ☺



# CAFÉ ARAGÓN

Donizetti 599, Villa Luro





*“Sol que choca fabuloso contra Alberdi y a la tarde,  
manos heridas siempre que pisaron el camino a la única Plaza,  
y siete esquinas de metales abollados, que miran hoy como  
en diciembre.*

*Sangre y gallos en el Camino a Cañuelas, polvo de tiza sobre  
el paño.  
A la izquierda, tantos carros verdinegros;  
del otro lado, fortín de blanco y también de azul.*

*Tintas y papeles que yo llevo, o ya llevaron.  
Aragón de tiempos: un café fue poco tiempo para ella y para mí.  
Aragón de tiempos: cuántas veces tu café fue todo el tiempo”.*

*Pablo Vinci*

El café Aragón queda en Villa Luro en su límite con Mataderos, en la esquina de Juan Bautista Alberdi y Donizetti. Con letra de Enrique Bugatti y música de Ángel Cabral, el tango *Café Aragón* certifica su condición referencial.

En esa porteñísima esquina del barrio del mítico Fortín, una placa de cerámica colocada en 1997 por el Gobierno de la Ciudad nos informa: “En este lugar funcionó la pulpería y reñidero de gallos del Sr. Pabellón, sitio característico del Camino a Cañuelas, luego Provincias Unidas en 1893 y Juan Bautista Alberdi desde 1919”.

La fachada del Aragón presenta varias pinturas y leyendas, como por ejemplo, la que en lo más alto de la ochava da una fecha iniciática: 1813, o la que sobre la calle Donizetti la declara esquina José Aragón (propietario que dio su nombre al café desde los años 60), o la imagen de Gardel ornada con un colorido fileteado, viejas publicidades de Almidón Collman, Vascolet, Jabón Rinso, calentadores Primus y Geniol, con la tradicional cabeza creada por Lucien A. Mauzán, o el poema *Café de Barrio* de Francisco Caparelli: “Café de barrio / con calor de trato diario...”

A don José Aragón lo sucedieron en el manejo del café sus hijos Martín, Fernando y Rosita, actuales propietarios. El amplio salón, se encuentra dividido por un *trillage*, hacia Alberdi y Donizetti está el café propiamente dicho, mientras que sobre Escalada da el sector de juegos, con cinco mesas de billar y el espacio donde un grupo de jubilados juega al dominó o a las cartas. Uno de ellos recuerda que también solía concurrir al desaparecido café La Aurora de Miralla y Avenida del Trabajo. En la pared del fondo lucen las taqueras individuales, cerradas con candado por sus “inquilinos”. Desde las ventanas se puede participar del caudaloso tránsito en ambas direcciones de Juan B. Alberdi, o del que llega, punzante, por la avenida Bruix.

Por las mesas de este café pasó todo el barrio de un lado y de otro de Donizetti. Recordamos al historiador de Mataderos Ofelio Vecchio y a José Gobello, presidente de la Academia Porteña del Lunfardo en acalorados debates acerca de los límites barriales.

Detrás del mostrador se desplaza Ortelio Reynoso, quien trabaja en el Aragón desde 1974. Una bandera argentina y otra española, más pequeña, ponen sus diferentes acentos, mientras que una foto del año 1944 (Foto Comercial) muestra la magnificencia del café en su época de oro, con las clásicas sillas N° 18 de Thonet, cuando aquí era común verlo a Alberto Castillo, “el cantor de los 100 barrios porteños”, y a Alberto La Cueva, autor de la bella música de *Íntimas*, junto a los trabajadores de la vecina curtiembre y charolería La Hispano Argentina.

Sonia, moza buena y buena moza, junto a su simpatía, lleva en la bandeja dos sándwiches especiales desbordantes, uno de jamón crudo y otro de milanesa completo.

Al salir, *Buenos Aires*, los versos de Héctor Gagliardi pintados sobre el travertino nos dicen: “Sol de América latina / sobre el Río de la Plata / para vos la serenata / de tu gente que te admira...” ☺





## CAFÉ DON JUAN

Camarones 2702, Villa Santa Rita

Villa Santa Rita es un barrio porteño que debe su nombre a Santa Rita de Cascia “La Patrona de los imposibles”, con iglesia parroquial en Camarones 3443, finalizada en 1943 por el arquitecto Juan Bautista Negri y ornada con pinturas murales por el artista italiano Arquímedes Vitali. Tiene como límites la avenida Gaona, Joaquín V. González, la avenida Álvarez Jonte y Condarco. La avenida Nazca es su eje central y comercial. En la esquina con Juan Agustín García se levanta el Mercado Nazca. Por ella corrieron los tranvías 83 y 84 que desde Villa del Parque se dirigían a Flores y a Plaza Constitución respectivamente. Algunos de esos tranvías terminaban el recorrido en la esquina del Mercado, en Nazca y García, y por esta última doblaban a la izquierda rumbo a su estacionamiento.

En la última o primera cuadra de Nazca, de acuerdo a como se mire, se encuentra la prestigiosa Asociación Israelita de Socorros Mutuos Ezrah.

Villa Santa Rita, barrio que alojó a la Fábrica de Cigarrillos Particulares hasta 1980, da cabida a un sub barrio, el Barrio Nazca, tiene un café característico y en una esquina, como corresponde: Camarones y Condarco.

Es el Don Juan, justo en el límite con el vecino barrio de Villa General Mitre. Fue construido en los años 20 y ocupa la planta baja de un edificio de dos pisos. Su estado ha sido mantenido desde las únicas modificaciones que se le hicieron en 1940.

El escultor Horacio Juárez tuvo su taller a media cuadra, por Camarones. Su hijo el pianista y compositor Manolo Juárez recuerda: “A este bar concurrió muchas veces el gran pintor Lino Spilimbergo, quien antes o después de visitar a mi padre, se detenía en él para tomar algunas copas”.

A pocas cuadras del café, en Terrada 2410, Mariano Mores compuso el conocido tango Cuartito Azul, a raíz del color con que había pintado su habitación, mezclando cal y el azul Brasso utilizado para blanquear la ropa.

Hoy está Alejandra Paola Barral al frente del Don Juan; sucede eficazmente a sus padres Alejandro Barral y Teresa de Rigo. La suma de materiales nobles (*boiserie*, barra con estaño, sillas vienesas, ventanas de madera, tipo guillotina, etcétera), la excelente atención, los sabrosos sándwiches especiales y buenas medialunas, más la



sencilla y verdadera calidez que ofrece, hicieron que su salón fuera buscado para filmar escenas de varias películas. Entre ellas: El verso de Sami Shaw; *Asesinato* Tango de Robert Duval; *Ilusiones*; *¿Dónde estás amor de mi vida que no te puedo encontrar?*; y *Rosas, rojas, rosas*, además de varios pasajes de la miniserie *Vulnerables*.

Varias fotos muestran a don Alejandro con diversos actores, como Ricardo Darín, Alfredo Casero, Dady Brieva y Jorge Marrale.

Luisa Valenzuela, autora que escribe en cafés y sobre cafés, dice: “Es sabido: el café acelera el pulso. Y esos sitios casi míticos, los cafés porteños, son el pulso palpable de nuestra ciudad. Nos sentamos a una mesa de café, frente a la calle que por supuesto es una arteria, y hete aquí que estamos, como quien dice, instalados en las muñecas urbanas. Linda palabra. Hay que tener muñeca, eso sí, para saber auscultarlas”.

El ámbito del Don Juan fue el elegido para la realización de una charla pública con la Sra. Juanita Cacace, una de las últimas intérpretes representante de las Orquestas de Señoritas.

Un parroquiano llega por Camarones, se sienta y pide un café con leche y medialunas, dos de grasa y una de manteca. En una mesa próxima a la ventana, dos muchachos –uno de ellos con la camiseta de Argentino Juniors– van por la segunda Quilmes Cristal. Detrás, el rectángulo de una de las ventanas acomoda su lente y casi cinematográficamente deja ver como los árboles se desvisten de otoño.

Caloi, verdadero poeta de la imagen, realizó algunos dibujos cafeteriles de antología, en más de uno el

protagonista podría ser el Don Juan, como aquel publicado en el diario *Clarín*, donde un mozo observa el deslumbrante firmamento de chapitas de gaseosas creado sobre el asfalto de una calle porteña.

Sitio referencial del barrio y de la zona, manejado familiarmente, siempre visitado por parroquianos estables en un ámbito acogedor: el Don Juan sencillamente te atrapa. 🍷





# CAFÉ EL TOKIO

Álvarez Jonte 3548, Villa Santa Rita

En 1930, nefasto año en que se inician los golpes militares en nuestro país, “cuando a Yrigoyen lo encanutaron”, una situación amable se producía en la zona límite de Santa Rita con Villa del Parque: se inaugura el Café Jonte en la esquina de Álvarez Jonte con el pasaje Tokio.

A partir de entonces, allí paró no solo “la barra de la esquina” sino todo el barrio. Pasó a ser su sitio de encuentro. Alrededor de la mesa de billar, y con el inconfundible sonido de las carambolas, bullía la vida de aquellos muchachos.

En 1950, Año del Libertador General San Martín, el café cambió su nombre por El Tokio. Por entonces su propietario era Jesús Feas Albor, quien había comenzado trabajando en el café como lavacopas. Algún tiempo después su denominación oriental mutó en la galaica Santiago de Compostela. Al final la tozudez amarilla triunfó, y nuestro café fue definitivamente El Tokio. Desde entonces se transformó en un verdadero referente barrial.

De los muchos personajes que pisaron el complejo y bello dibujo de sus mosaicos calcáreos recordamos al gran Roberto Goyeneche; Enrique Campos; Héctor Osvaldo Facundo, *wing*, estrella del San Lorenzo de Almagro de los años 60; Carlos Ragno, campeón argentino de Fórmula; al periodista Juan José Lujambio; al director cinematográfico Luis Puenzo; al pensador Oscar Masotta, “el marxista de los *happenings*”, figura crucial en la modernización del campo cultural argentino durante los años 60; al dibujante y pintor Carlos Garaycochea y a su hermano Atilio, quien como representante del Circo de Moscú despertaba la fantasía de los pibes; al Dr. Felipe Monk, especialista reconocido internacionalmente en patologías de los materiales y en restauración edilicia; a Federico Insúa, jugador notable en Independiente y Boca; a Diego Maradona, y al gremialista Saúl Ubaldini, entre muchos más.

Por el año 2005 dos fieles habitués, Ángel Álvarez (Angelito para todos) y el arquitecto Jorge Espasandín, juntaron su amor por El Tokio y se hicieron cargo del local. Desde entonces, la actriz y vedette Carmen Barbieri es su madrina.



Las paredes del local presentan una iconografía tan variada como interesante: una copia al óleo, de gran tamaño, del cuadro *Los borrachos* de Velázquez; seis coloridas chaquetillas de jockey; una foto de Pappo; un par de ilustraciones gauchescas de Florencio Molina Campos de los almanaques de Alpargatas; la tapa de un menú de Maxims ilustrada por Sem; una foto de Alberto Olmedo como el Capitán Piluso con el actor y amigo del café Héctor Canosa; varios banderines de equipos de fútbol con el de Vélez Sarsfield en sitio destacado; una foto del equipo de Liniers que dirigió Victorio Spinetto con Simeone, Basílico, Mareque y Cielinsky, y otra de “El Duque” Juan José Ferraro; un dibujo original de Garaycochea dedicado al café; una foto en relieve de Maradona en la selección y con su mejor estampa, además de varias viejas fotos del café y de algunas del caballo Respingo, crack del 72, aportan su entrañable carga documental.

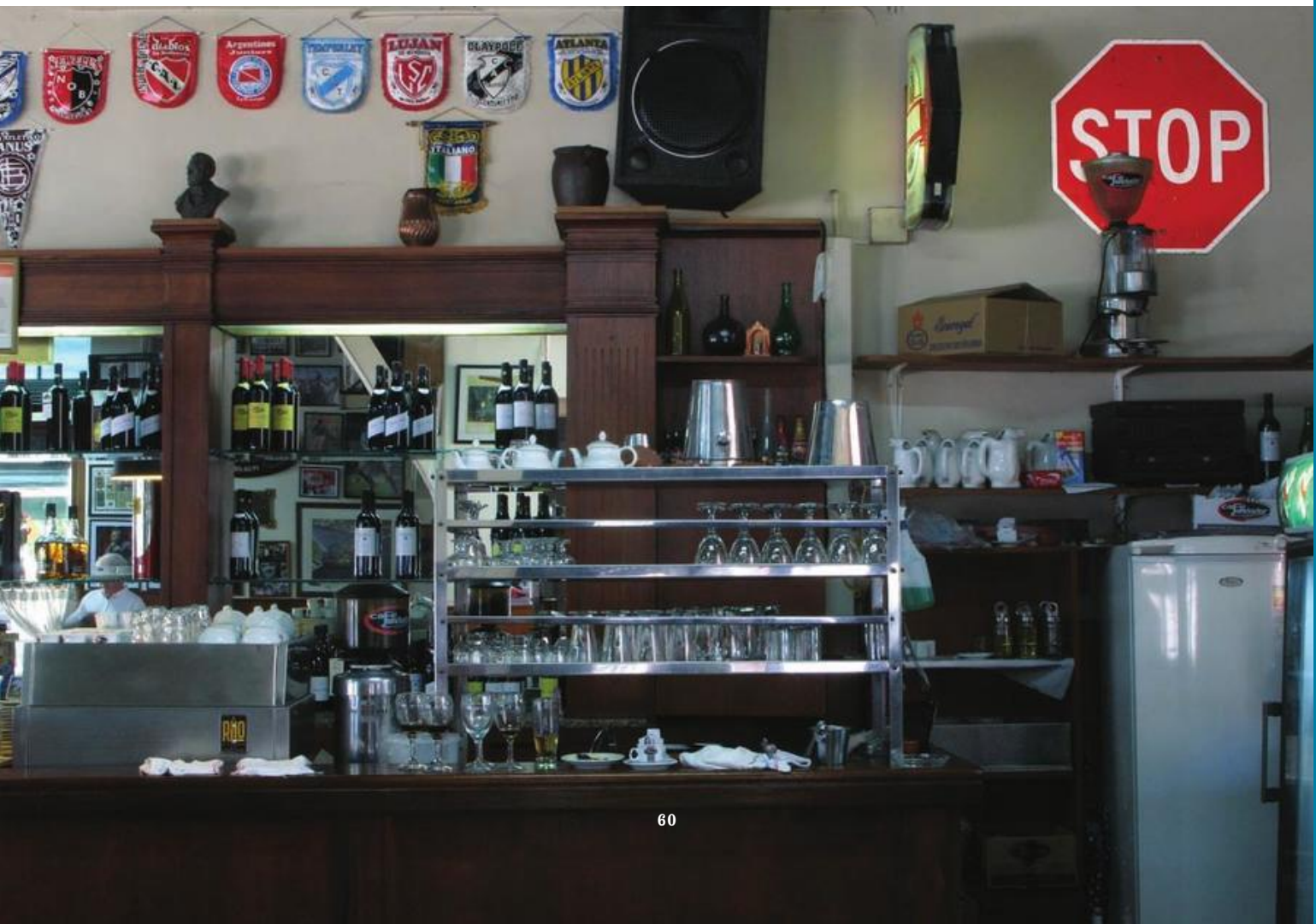
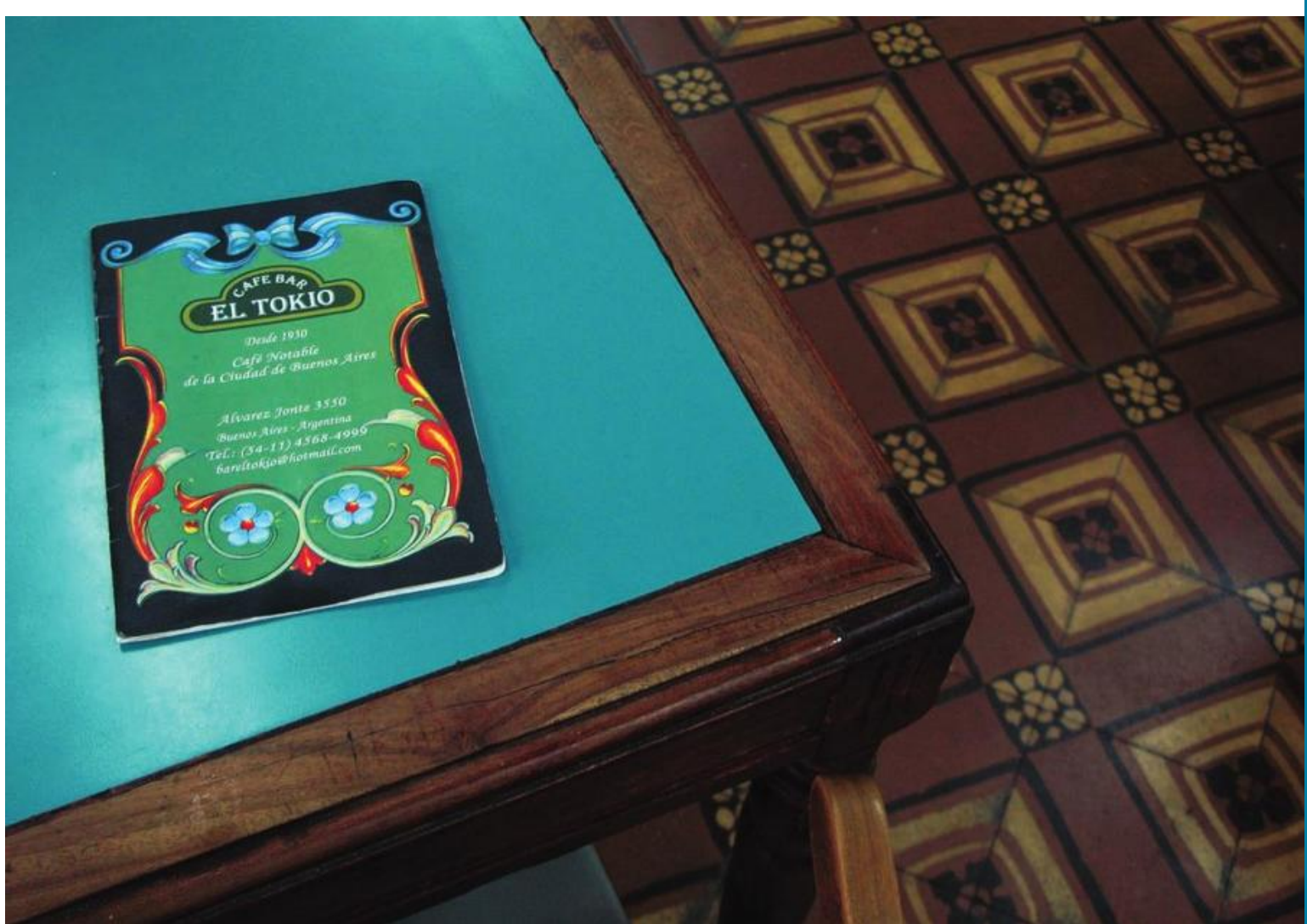
Por ser “símbolo de la tradición porteña” la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires declaró al café El Tokio como Sitio de Interés Cultural.

Cae la tarde por Álvarez Jonte, el paso sereno de un colectivo 109 la acompaña. El grupo de narración oral Eufemía cautiva a la concurrencia.

La reunión nocturna entre amigos continúa, y mientras algunos saborean los exquisitos ravioles caseros de verdura, entre otras especialidades de la casa, Enrique Piñás luego de sus entonados boleros, conmueve con el clásico de Sandro *Palabras viejas*. El tango llega de la mano y las voces varoniles de Miguel Gallego, Luis Peluso, Damián Olmos y José M. Román, además de la presencia femenina con la sutil Graciela Muñoz y la magnífica y temperamental Mara Alonso.

Por debajo del cielorraso verde, cinco ventiladores de techo, de cuatro aspas de madera, comparten la altura con varios jamones.

Un matrimonio se ubica en una mesa, mientras desde otra lo saludan. En El Tokio el barrio está presente, vive. Angelito lo disfruta, su hija Laura también. 🍷





Cafés de  
Montevideo



## RONDEAU

Rondeau 2451 esq. Gral. Aguilar, Arroyo Seco

En la vieja radio Phillips a lámparas se escucha cantar como los dioses a Agustín Magaldi, en aquella historia inquietante de los lobos que aúllan de hambre en la desolada estepa siberiana. Los veteranos dicen que allí el volumen de la radio nunca ha perturbado una conversación, que permanece inamovible desde varias décadas atrás y que, desde siempre, el ambiente matutino del bar Rondeau es apacible, intimista y reconfortante. De hecho, en una de las mesas de madera y mármol, sentada en dos sillas vienesas que décadas atrás formaron parte del acervo del legendario Tupí Nambá, una pareja entrada en años habla en voz baja con las manos tomadas sobre la mesa de mármol, dejando al medio dos pocillos de café. Realmente, este bar ubicado en la esquina de las calles General Aguilar y Rondeau, frente a la Plaza Lituania, está intacto.

Con su decoraciones *Art Decó* grabadas en los vidrios, la descomunal heladera de madera de dieciséis puertas, su cartel de neón y sus polvorientos porrones de ginebra Poker con más de sesenta años de gusto misterioso en su interior. Casi intacto como en los años 60,

cuando su actual dueño Sergio Blanco se lo compró a los hermanos Barreiro, quienes lo mantuvieron como se los entregó “el Portugués” Sebastián Duarte, quien por los años 50 convirtió al bar Covadonga en el Rondeau que hoy se conoce. Sergio Blanco, como montevideano que es, se reconoce nostálgico y se conmueve recordando los años en que el Rondeau compartía la bonanza del barrio con la friolera de otros once bares más de las inmediaciones, cuando el barrio bullía de funcionarios y obreros de las cercanas barracas de lana, de la compañía de tranvías La Transatlántica, de la Cervecería Uruguaya, de Amdet, de Mailhos o de la UTE. Tiempos en que gente como Roque Gastón Máspoli o Matías González se acaloraban discutiendo en la mesa del rincón o los conjuntos de carnaval del barrio ensayaban en el sótano. “De todos modos”, reflexiona en voz alta Sergio Blanco mientras observa con discreción a la pareja de enamorados del rincón, “seguimos cuidando el ambiente de bar tranquilo que siempre fue y aquí no se despacha vino a desconocidos, ni se tolera a escandalosos por cuestiones del momento”.









*Diez años atrás, el Rondeau era una de las pocas esquinas de barrio donde aún se daba testimonio de la calidad de ambiente de los viejos “cafés y bares” de la ciudad. Cuando la bonanza de los 90 estaba por terminar –pero eso entonces no se sabía, y menos lo que vendría después–, los Blanco invierten para mejorar el servicio, agregando cocina, baños decorosos, etc. Los frutos de ese esfuerzo tal vez empiecen a verse ahora... en un lugar que espera mejores tiempos y donde aún lucen los brillos del pasado. 🍷*

N.G.





## LOS YUYOS

Luis A. de Herrera 4297 esq. Cubo del Norte, Atahualpa

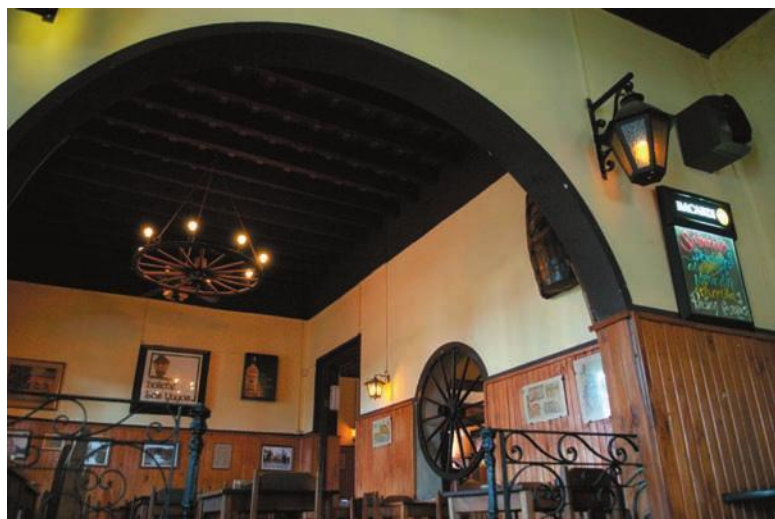
Juan Ursi, fundador del bar (1906) e iniciador de la venta de cañas con yuyos, fue quien volvió célebre en los años 20 este rincón de Montevideo, casi oculto entre los plátanos de Luis A. de Herrera al 4297 esquina Cubo del Norte, en el Prado. Allí solían acudir tanto los señores de las casonas del barrio como artistas, políticos y trabajadores de las quintas, y negocios o industrias, a probar alguno de sus doscientos sabores de cañas. Hasta los años 70, buena parte de su atractivo residía en que las botellas no tenían etiqueta y las cañas eran diferenciadas por su color. En ese entonces los sabores ofrecidos rondaban los sesenta, manteniéndose aún hoy en día una variedad de cuarenta y cinco gustos de cañas y grapas. Hasta el año 1977 en el que se produjo su primer cierre transitorio, Los Yuyos continuó dentro de una tradición familiar de “bolicheros”, pasando primero a Vicente Oggerino (1937) y luego a sus hijos Hugo, Dante y Arnoldo.

Dentro de su concurrencia, se cita una enorme lista de personalidades como Peloduro, José Luis Zorrilla —en realidad, asiduo visitante de otros tantos bares montevideanos—, Carlos Brusa, Juan Parra del Riego, Milton Fornaro, Horacio Buscaglia y el escritor chileno Luis Sepúlveda. Otro de los recordados es el músico y luthier Juan Santurión, a quien por un deseo de Vicente Oggerino (cumplido póstumamente por sus hijos), le fue entregada la tabla de cedro original del mostrador para fabricar guitarras con su madera.

Entre otras historias nacidas de Los Yuyos está la del entrañable escritor Juan Capagorry, quien además de ufarse de haber probado todas las cañas del lugar, se jactaba de haber logrado “preparar” en su casa más de

la mitad de las fórmulas gracias, según él, a “una especie de educación del paladar”. Entre ellas, la del misterioso limón entero dentro de la botella.

Al fin de cuentas, el secreto consiste en meter dentro de una botella que se mantiene en el aire, la rama de un limonero con brotes de azahar sin cortarla del árbol. Y luego, cuando el limón ya se ha desarrollado, se le quita la rama, se llena la botella con caña y se la deja sobre el mostrador para el asombro de los incautos, quienes, en el intento infructuoso de develar el misterio de cómo pasó el limón por el goyete, van “bajando” en silencio la botella al pasar de las horas.





*Si no existiera en el barrio otra cosa que esta vieja casona –cuya fachada, hoy “terracota”, sigue dando testimonio de otros tiempos–, sería igualmente una presencia insoslayable en la trama de la ciudad y en la memoria de sus habitantes. Pero agrega a ello un entorno donde las grandes quintas históricas –las de Larrañaga y Vaz Ferreira entre otras–, la capilla Jackson y la placita Atahualpa, dan tono a un micro paisaje cultural en el que Los Yuyos fue y seguirá siendo un protagonista de nota. 📌*





## TASENDE

Ciudadela 1300 esq. San José, Centro

Decían que era “la trastienda del poder” porque estaba justo detrás del Palacio Estévez, en la esquina de Ciudadela y San José, y presidentes como Juan José de Amézaga, Alfredo Baldomir o Luis Batlle Berres estuvieron alguna vez por allí a disolver tensiones y mancharse las solapas con la mozzarella de las famosas pizzas al tacho del lugar.

Fundado en el año 1931 por Jesús Tasende, constituye uno de los más clásicos y tradicionales boliches que conserva la ciudad de Montevideo. Su aire de “viejo café sin modernismos” y el atractivo especial de su también llamada pizza a la piedra acompañada de cerveza fría, han alimentado una historia nutrida de anécdotas, personajes y sinceros reconocimientos a la bohemia de su dueño, un hombre que gustaba de cultivar el buen humor, la hospitalidad, la música y el deporte.

Resultados de ese despliegue de humanidad fue, por ejemplo, la milonga “Ciudadela y San José” escrita “al gran amigo de siempre Jesús Tasende” por el compositor Roberto Cuenca y grabada en disco de pasta por “Juan Cao y su Orquesta Típica”. O también, al igual que El Volcán y el Gran Sportman, el haber fundado su propio cuadro de fútbol, que llevó el sobrio nombre de “Jesús Tasende No Tiene Sucursales Fútbol Club” y cuyas victorias resonantes, fueron recogidas puntualmente por las páginas deportivas de los grandes diarios de la capital.

Decorado con maceteros de “Cerámica del carrito”, esculturas del Quijote y exposiciones de pintores y fotografías en sus paredes, el Tasende ha sido frecuente escenario de filmaciones de comedias, entrevistas y publicidades, en donde tal vez la más recordada fue la de El grito del Canilla. Además de artistas, políticos y periodistas, han desfilado por sus mesas de madera



y mármol, visitantes extranjeros como Juan Carlos Altavista, Luis Sandrini, Pedrito Rico, Rod Stewart o Los Plateros, cuyos integrantes, sin levantarse de sus sillas y con las bocas llenas de pizza, cantaron a capella “El gran simulador”.



*Se conservan en las paredes del local fotografías de viejos tiempos, cuando el edificio lucía a pleno su austera calidad y la ochava marcaba la entrada del bar, allí donde mesas y sillas dialogaban a gusto con mostradores de igual estirpe. Vinieron luego tiempos de reformas y decorados que han dejado al lugar como en suspenso, esperando el “toque” que afirme al Tasende en su condición de referente de la ciudad. 🍷*





## MONTEVIDEO SUR

Paraguay 1150 esq. Maldonado, Centro

Se estima que existe como almacén y bar en esta esquina de las calles Paraguay y Maldonado desde la década del 30. Años después, cuando el comercio pasa a sus actuales propietarios, Jesús Rodríguez y Leonor Añón, es que adopta el nombre Montevideo Sur.

Libre de marquesinas y otras yerbas, toda referencia exterior se limita a un discreto cartel y al típico pizarrón de poner y sacar, donde se anota con riguroso sincronismo “el plato del día”. Así el comercio y el buen edificio del que forma parte —de sobrias referencias *art déco*— conviven sin agresiones y dan ejemplo de un conjunto de particular decoro. Pero el protagonista neto es este singular comercio que se ha mantenido hasta nuestros días con mínimas variantes. El tiempo ha ido pasando para sus dueños, pero no para el escenario en que se



mueven y que con tanto esmero y tenacidad han preservado (pues más de una vez les ofrecieron equipar el local a nuevo, a cambio de esas viejas y nobles instalaciones).

El sector sobre la calle Maldonado mantiene sin cambios el equipamiento de vitrinas, estanterías, baúles, mostrador y lambrises de madera del antiguo almacén, hoy desafectado de su función original e integrado al área del bar, situado desde su origen sobre la calle Paraguay, donde el tradicional mostrador de mármol, las vitrinas botelleras y las mesas y sillas vienesas entablan amigable diálogo con un particularísimo zócalo de mayólicas. Por si todo esto no bastara para dar la talla del ambiente se suman dos elementos de singular presencia: el antiguo grifo dispensador de agua, de fina realización en mármol y bronce, y la vasera de tres niveles, en la que las copas han descansado cientos de miles de veces, llevadas siempre por las mismas manos.



Durante años fue frecuentado por periodistas y fotógrafos del diario La Mañana, el vespertino El Diario, policías de la zona y comerciantes de Palermo, en los tiempos en que los canillitas voceaban en las esquinas su apretada síntesis de “fútbol, carreras y el crimen d’ioy”. Pero ese pasado es parte de un boliche con historia, que sigue activo y que aspira a larga vida... y no precisamente como museo.

*Hubo almacenes y bares de igual tipo en los cuatro puntos cardinales de la ciudad, pero el Montevideo Sur es de los pocos que aún nos dan testimonio de una calidad de ambiente que hoy añoramos. La puesta en valor de este lugar noble y añoso, afirmará su presencia y aportará un escenario privilegiado que Montevideo –y no sólo el Sur– no debe perder. 🍷*



# BAR IBERIA

Uruguay 801 esq. Florida, Centro



Cuarenta años atrás, los marineros rusos y polacos que volvían de pescar el calamar y el pez luna en el Atlántico Sur bajaban de los barcos, subían por Florida hasta la calle Uruguay, se metían en el Iberia y dejaban allí sus historias, sus melancolías incomprensibles y su sed insondable. Se dice que entre 1980 y 1990, el Iberia fue el bar donde más cerveza se consumió en todo Montevideo. Mientras tanto, modositas en la esquina y vestidas para la guerra, esperaban pacientemente afuera las muchachas, porque los dueños, los hermanos asturianos Antonio y Ramón Alonso, no permitían que entrasen para no perturbar la imagen de seriedad del bar.

“Estábamos al borde la zona roja”, recuerda Elisa Saad, “Chola”, que desde siempre tiene allí una mesa

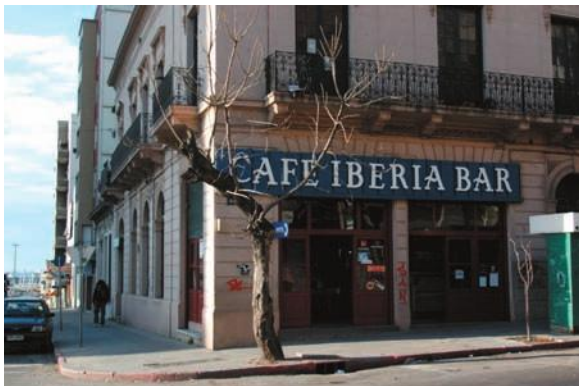
donde “levanta quinielas” entre los clientes y que todavía sueña con ser escritora alguna vez. “De todos modos, ellas cuidaban los modales y jamás armaron líos. Al contrario, aquí venía gente como Hugo del Carril, que siempre se sentaba en la mesa seis a esperar a que abriese el Banco Central, porque él, además de cantar, criaba chinchillas y venía una vez por mes a Montevideo y se sentaba allí con toda seriedad y en silencio y nadie lo molestaba. A lo sumo, entraban cuando venía el ‘Vagoneta’, un hombre amado por las mujeres de la vida, porque además de ser un gran tipo vendía jabones, antisudorales y perfumes”.

En los tiempos que corren, el Iberia es atendido por José Antonio Alonso y ocasionalmente por Rosario Alonso –quien además pinta al óleo en un taller cercano–, jóvenes hermanos, hijos de Antonio Alonso y de Babila Parceró. José Antonio todavía recuerda cuando en su niñez la Señora del Carnaval, la Negra Johnson, lo sentaba en la falda en una mesa del rincón y le contaba cuentos, mientras al otro lado de la mesa reía la morena Rosa Luna.

Una de las historias que “Chola” Saad recuerda es la legendaria borrachera del “Ruso” Abelenda, un marinero que antes de bajar del barco ya venía maltrecho de whisky y que, camino del Iberia, encontró un día una Biblia tirada en la vereda. Ya en el bar, le dijo muy solemne: “Chola, aquí, bajo el brazo, traigo a Dios apretado...” Y a continuación le entregó la Biblia y agregó: “Tomá, cuidalo bien. Y si ves que se mueve mucho, me llamás...” Años después, “Chola” Saad lo recuerda con ternura y reflexiona en voz alta. “Lo que es el destino... El “Ruso” Abelenda murió sentado en la casa, tomando un vaso de leche.”







*Sacando el cielorraso de chapa —que tal vez algún día se saque—, el escenario del Iberia es hoy tal cual fue en sus tiempos de “bar del Puerto”. Ya no lo es, pero sus historias siguen ahí. Y agrega a ello una virtud poco común entre nosotros: vale por dentro y luce por fuera, con discreta presencia en el marco de un edificio de finas líneas clásicas. 🍷*



*La insensata demolición del Mercado Central dejó detrás del Solís “un vacío imposible de llenar”... arrastrando además al Fun-Fun a un destino de “mostrador itinerante”. En su última recalada –que tal vez no sea definitiva–, dio vida a uno de los rincones más acogedores de Montevideo, donde madera, espejos y estaño rescatan imperdibles valores de otros tiempos.*

## FUN FUN

Ciudadela 1229, Ciudad Vieja

Una noche de primavera en 1992, el actor italiano Gian María Volonté se sentó en un rincón del bar, se echó hacia atrás en la silla y dejando vagar su mirada eternamente cargada de humo desde el estaño del mostrador hasta las fotografías en blanco y negro de la pared, dijo: “Este es un sitio donde vale la pena morir de madrugada”.

Era un pensamiento manso y de trágica poesía para un hombre cansado. Podía haberlo dicho en cualquier parte del mundo, pero lo dijo en Fun-Fun ese bar montevideano con luz de té, mezcla de pub de Glasgow y museo de la vida, que desde el 12 de diciembre de 1895 permanece fielmente recostado al destino cambiante del Mercado Central, en el 1229 de la calle Ciudadela.

Augusto López, el fundador y bisabuelo del dueño actual Gonzalo Acosta López, fue un apasionado inventor de tragos y fue él quien creó la Uvita –una amable mezcla áspera de oporto y vino–; el secretísimo Pegulo que dejó de servirse hace cincuenta años y el Miguelito, un trago corto, dulce y con soda, que se consideraba “muy apropiado para niños acompañados de sus padres”.

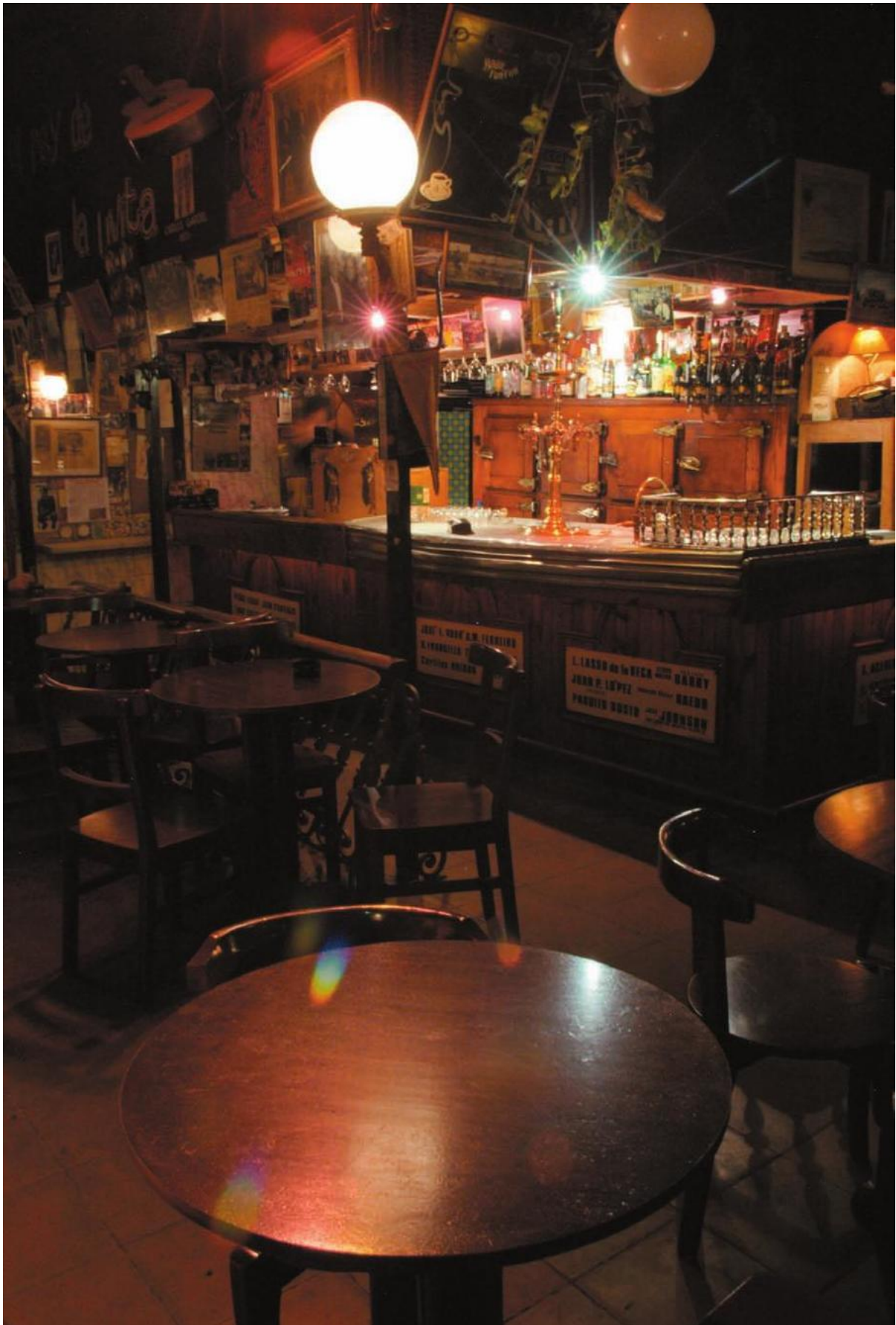
Allí cantó a capella Carlos Gardel en 1933 y de puro encantado, dejó la firma, la sonrisa y su alabanza a las bebidas indelebles de Augusto López. Cualquiera puede verlo todavía en la pared, en blanco y negro. Entre los visitantes legendarios y asiduos de Fun-Fun se contaron



y se cuentan Pedro Figari, Julio Herrera y Reissig, Florencio Sánchez, Aníbal Troilo, Juan D’Arienzo, Wimpi, Peloduro, El Hachero, Carlos Solé, Ringo Bonavena, Fito Páez y Joaquín Sabina. También dos escritores –y amigos insospechados– que cuando se encontraban por los años 50, iban allí: Serafín J. García y Jorge Amado.

Don Mario Remedios, quien sigue atendiendo las mesas y recibiendo el mismo afecto de la gente desde hace cincuenta años, los recuerda a todos y sonríe agradecido. A la periodista Andrea Charquero, le dijo una noche: “Soy millonario por toda la gente que me quiere”. 🍷









# ROLDÓS

Mercado del Puerto. Local 09, Ciudad Vieja

Tal vez fuese de las primeras “paradas” por un trago en plena madrugada de los carreteros de aves y verduras, los revendedores, los fruteros, los pescadores, los changadores del puerto y los inmigrantes recién llegados en busca de un empleo, que solían arrimarse en medio del tráfico de seres que rondaban el Mercado del Puerto desde que fue concebido como mercado de abasto en 1868. Allí mismo, desde el primer día del Mercado y bajo su cubierta inglesa abovedada de hierro y madera, Juan Roldós estableció su almacén de ramos generales, hasta que en 1930 su hijo Juan Bautista lo convirtió en bar, conservando su mostrador de mármol y madera tallada, el discreto cuartito buscado por los conocedores de la casa y las antiguas estanterías donde en principio se alineaban los perfumes.

En ese mundo propio de los legendarios pasos de oriente a occidente, donde alternan aventureros, estudiantes, recién casados, turistas, amantes, truhanes, banqueros, artistas, oficinistas y obreros del puerto, Roldós se ganó el corazón del viejo mercado y allí hizo famosos sus sándwiches de mariscos y el “medio y medio” que degustó el almirante Byrd camino de la Antártida, una

feliz combinación de tres cuartas partes de vino blanco seco y un cuarto de espumante.

Por allí pasaron varias generaciones de estudiantes —hasta que también la Facultad de Humanidades dejó el edificio casi contiguo que levantara Emilio Reus—, y en su mostrador se acodaron entre otros José Enrique Rodó, Tita Rufo, Felisberto Hernández, Juan Zorrilla de San Martín, Jean Louis Barrault, Carlos Fuentes, Rosa Montero y hasta el iracundo Enrico Caruso, quien tras ser silbado en el Teatro Solís por “el exigente público montevideano” y luego de tomarse el último trago en Roldós, limpió las suelas de sus zapatos con sus manos y juró allí mismo no volver nunca más al Uruguay...

*La gran cubierta de hierro se diseña y construye en Liverpool a manera de un gran “mecano” que vuelve a armarse en Montevideo antes de que Baltard construyera “les Halles” en París. Estos ya no existen, pero el recinto del viejo mercado sigue tan campante, mejorada su imagen con la apertura hacia la peatonal... y dando cobijo —como en el primer día— a Roldós, mojón de la ciudad. 🍷*





*En el arranque de la callecita que un francés apurado leyó como “la rue de la vache qui tombe”, se encuentra uno de los mejores ejemplos que ofrece la ciudad de cómo poner vino nuevo en odres viejos –uno y otro de primera calidad–, con el mérito adicional de haber “metido” la fachada del Solís dentro del bar, que ya no es el penumbroso Vasquito, sino un lugar bien plantado, que se goza y no se olvida.*

## CAFÉ BACACAY

Bacacay 1310 esq. Buenos Aires, Ciudad Vieja

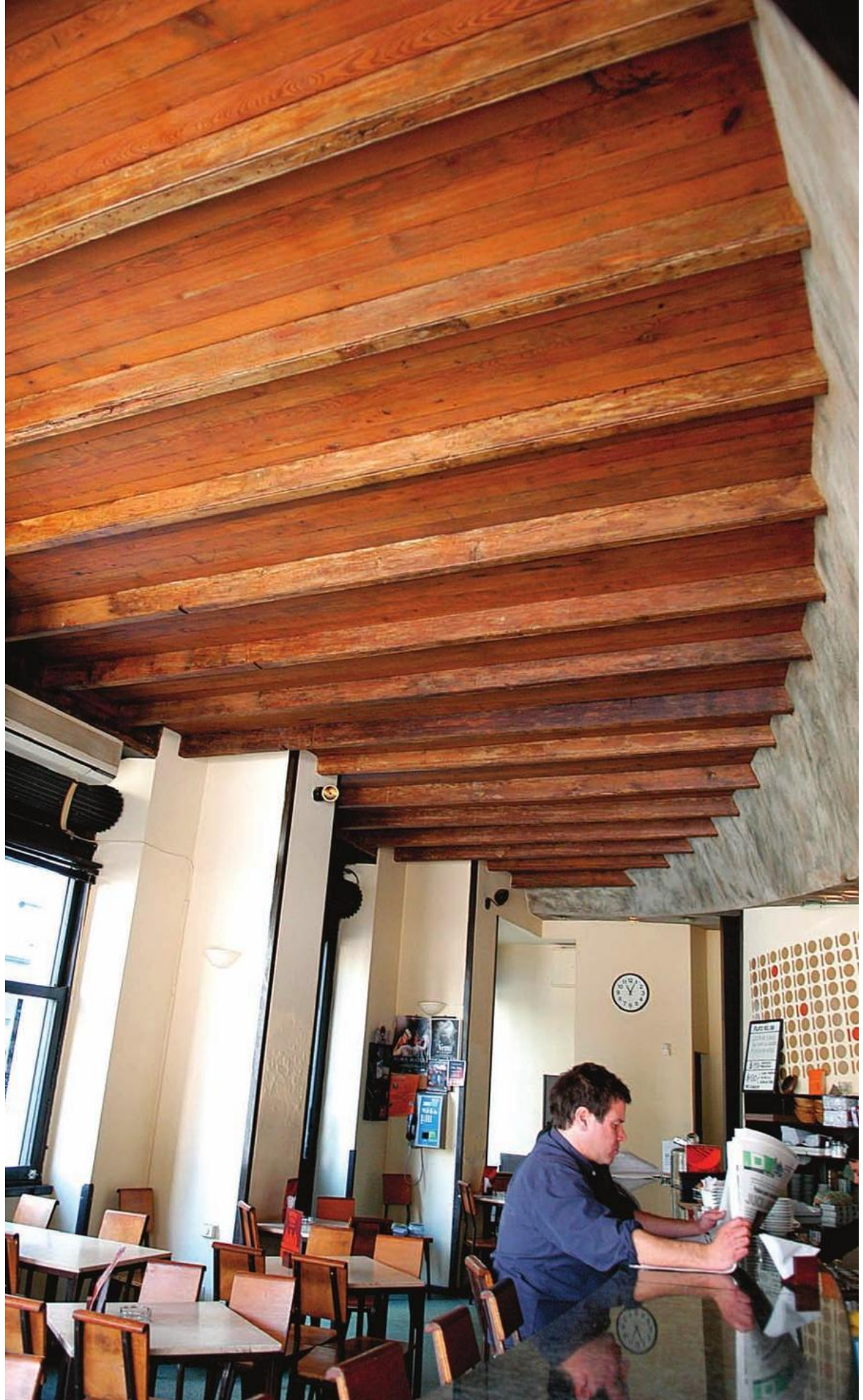
En el 1310 de la calle Bacacay y Buenos Aires se encuentra este entrañable rincón que en 1995 Reginna Rebmann, alemana de origen, convirtió en café-bistró iniciando una nueva etapa de excelencia, moderno y provocativo en su concepción interior, tras casi un siglo de ser conocido como café El Vasco o El Vasquito, un viejo bar de copas nacido a la sombra del Teatro Solís. Allí se reunían o pasaban actores y actrices, tramoyistas y cantantes, escritores y poetas de todo el siglo, entre ellos Líber Falco, Mario Arregui, Estela Medina, Armando Halty, José Gurvich, Manuel Espínola Gómez, Susana Rinaldi o Federico García Vigil. Y muchos otros.

El escritor Mario Arregui juraba y perjuraba que en una noche con dos copas de más, él y el poeta Líber

Falco vieron pasar al costado del mostrador de El Vasquito... una silenciosa vaca lechera, muy flaca, que desapareció en la penumbra en dirección a los baños del fondo. Lo curioso es que en el mismo sitio donde está levantado el Bacacay, un predio que hasta 1839 perteneció a Ana Monterroso de Lavalleja, funcionó durante la Guerra Grande un tambo, propiedad de un inmigrante alsaciano de apellido Bethencourt.

Hoy, más allá de la leyenda de la vaca fantasma, el Café Bacacay se ha convertido en un punto de referencia de la movida cultural montevideana y allí, en una cálida atmósfera de taberna costera, se puede disfrutar desde un buen café, hasta un auténtico *goulash*, un jamón crudo catalán o un lomo al vino tinto entre muchos otros platos. 🍷









## BAR REY

Daniel Muñoz 2152 esq. Requena, Cordón

En un rincón del mostrador está la vieja balanza Dayton de la década del 30, con una aguja del tamaño de un limpiaparabrisas y que José Bouzón dice que es la más exacta que se conoce. Todo está impecable, las dos heladeras de roble de ocho puertas, el mostrador de frente revestido con fajas de mármoles claros y oscuros de Carrara, trabajo característico de los bares de esos tiempos realizado por la empresa Laviere y Vitacca, o las estanterías de cuidado diseño que todavía guardan polvorientas botellas de grapa Ancap.

Bouzón, oriundo de Pontevedra, atiende con su esposa el negocio que heredaron de sus suegros –Milauro Rey, ya fallecido, y Agustina Eitor, ambos vecinos del puente romano de Sesures, en Galicia– con un afecto que trasciende apenas empiezan a hablar de los viejos clientes que lo frecuentan. Contertulios que rodean el mostrador con tanto ardor, que el acomodo de los pies





ha dejado en el piso un trillo inconfundible, borrando el diseño de las baldosas.

Ubicado en Daniel Muñoz 2152 esquina Joaquín Requena, el Bar Rey enfrenta los depósitos municipales que antes alojaron la antigua Estación Central de Tranvías, donde convergían hasta la década del 60 cientos de trabajadores, muchos de los cuales eran clientes en firme de este viejo bar de barrio, tan valioso como los mejores de la ciudad. Entre sus visitantes asiduos se recuerda con especial afecto a Manuel “Maneco” Flores Mora; al cantor Horacio Guaraní, que siempre que viene a Montevideo “juega al truco en esa mesa sobre la ventana”; a José Carbajal “El Sabalero”; a “Pepe” Guerra; a Braulio López; al “Canario” Luna; al moreno “Tormenta” y también al historiador de los barrios montevideanos, don Aníbal Barrios Pintos, vecino del lugar que suele tomar allí su cafecito.



*Cincuenta años atrás el Bar Rey no hubiera llamado la atención, porque decenas de otras esquinas de igual nivel poblaban los barrios de la ciudad. Hoy, cuando buena parte de esa herencia se ha perdido, tampoco llama la atención, porque su fachada no deja adivinar el discreto esplendor de mármoles, maderas y espejos del escenario original; un testimonio de mejores épocas, que –por suerte– aún goza de buena salud. 🍷*



# EL UNIBAR

Eduardo Acevedo 1450 y Guayabos, Corden





Sin la menor duda, el Unibar, junto al Gran Sportman, es uno de los boliches estudiantiles por excelencia de la ciudad de Montevideo. Situado en la esquina de Eduardo Acevedo y Guayabos, frente a los edificios del Instituto Alfredo Vázquez Acevedo y la Universidad, el Unibar comenzó su historia en 1962, cuando Sergio Terrazo y sus socios reformularon su condición de “boliche de vino y refuerzos”, que no era otra cosa cuando se llamaba Bar Universitario, para pasar a ser el café y bar que hoy conocemos.

Cálido, discreto y tranquilo, este pequeño territorio decorado con viejas publicidades gráficas, jarras de cerveza y objetos antiguos, con ventanas a la calle “a escala humana”, mesas de madera y mármol, sillas vienesas y faja de espejo cubriendo el perímetro del salón –y un mostrador ecléctico que se lleva bien con el resto de las cosas– aloja tanto a profesores tempraneros que se toman un café con medialunas mientras corrigen “escritos”, como a estudiantes del turno de la noche del IAVA que vienen en tren de amigos y cerveza sin tiempo.

Entre sus historias más peculiares figura la de Ederlindo “Coco” Herrera, mozo del bar por treinta y cinco años, quien fuera homenajeado por los propios clientes con la edición de un libro biográfico en el que Ederlindo narra las historias de su vida ligadas al propio Unibar (*El Coco de blanco y negro*. Editorial Latina.1995).

A más de cuarenta años de su nacimiento, el Unibar sigue tan juvenil como entonces y por estos días es atendido con el mismo aire de siempre por Fernando Terrazo, hijo del fundador.

*Casi en la frontera de los “minibares”, el espacio ha sido utilizado con escrupulosa minuciosidad, como si se tratara de equipar la estrecha cabina de un barco. Conviven en curiosa armonía elementos característicos de distintas épocas –mesas de mármol y sillas vienesas junto al típico mostrador enchapado de los años 60–, pero el protagonismo neto del ambiente, de día o de noche, lo asume la luz. ☞*



# MICON'S

Miguelete 2049 esq. Constitución, La Comercial

Este bar y almacén de digna arquitectura anónima fue abierto a principios de los años 40 por el español Manuel Iglesias bajo el curioso nombre de bar Kaiku, palabra del euskera que designa el antiquísimo recipiente de madera de abedul que los campesinos vascos usaban para el ordeño de las vacas. Bajo ese nombre sobrevivió hasta 1979, año en que Iglesias se lo vendió a Raúl Bastos, quien lo atendió acompañado de su hermano, un hombre tan celoso del bar que, según cuentan, luego de cerrar se iba a dormir al sótano. Fue Bastos quien lo rebautizó con el nombre de Micon's, en pleno auge de aquella uruguayísima costumbre de combinar nombres para identificar casas y negocios, en este caso como referencia los de las calles Miguelete y Constitución, esquina de La Comercial en donde está ubicado. Finalmente, en 1983, fue adquirido

por sus dueños actuales, Adolfo Rial, oriundo de Vigo, y su esposa, María Castiñeiras, nativa de El Ferrol, Galicia.

Esta zona, en la actualidad deprimida por el cierre de fábricas y comercios, supo contar con importante actividad productiva, comercial y hasta cultural, dado que allí estaba la "Pista de patinaje", una extraña sala de cine que ocupaba la manzana formada por la proa de las calles Miguelete, Defensa y Errazquin. Y estaba también el famoso "tablado" que se armaba en las cinco esquinas en cada carnaval.

El comercio mantiene un sorprendente estado de conservación y pulcritud, con salón y barra en L, donde hasta la tipografía de las inscripciones de la marquesina interior está a tono con el buen diseño del mobiliario. Allí todo funciona como el primer día, desde la corpulenta









heladera de roble de dieciséis puertas, pasando por el teléfono negro de baquelita, hasta la vieja y noble radio Metrotone en la que se escucha cantar como nunca a Alfredo Zitarrosa.

En el Micon's, donde solían reunirse los zapateros armenios –asegurando siempre que Charles Aznavour modulaba mejor que Gardel–, el legendario “Fosforito”, Roberto Barry, Eduardo D’Angelo y doña Tota Bastos entre muchos, se puede pasar un buen mediodía con los canelones de carne o el matambre a la portuguesa, que cocina la misma María Castiñeiras. Y en todo momento, con buen café o las copas de siempre...



*Es probable que muchos montevidianos no hayan pasado nunca por la esquina de Miguelete y Constitución. Si lo hicieran ahora y entraran al Micon's, tendrían en mejor valor a una ciudad que en un punto cualquiera de su trama vio surgir ejemplos tan estimables como este bar de barrio de noble factura, hoy tan acogedor como en sus mejores tiempos. 🍷*

# EL VOLCÁN

Av. Italia 3852 esq. Monzón, Malvin

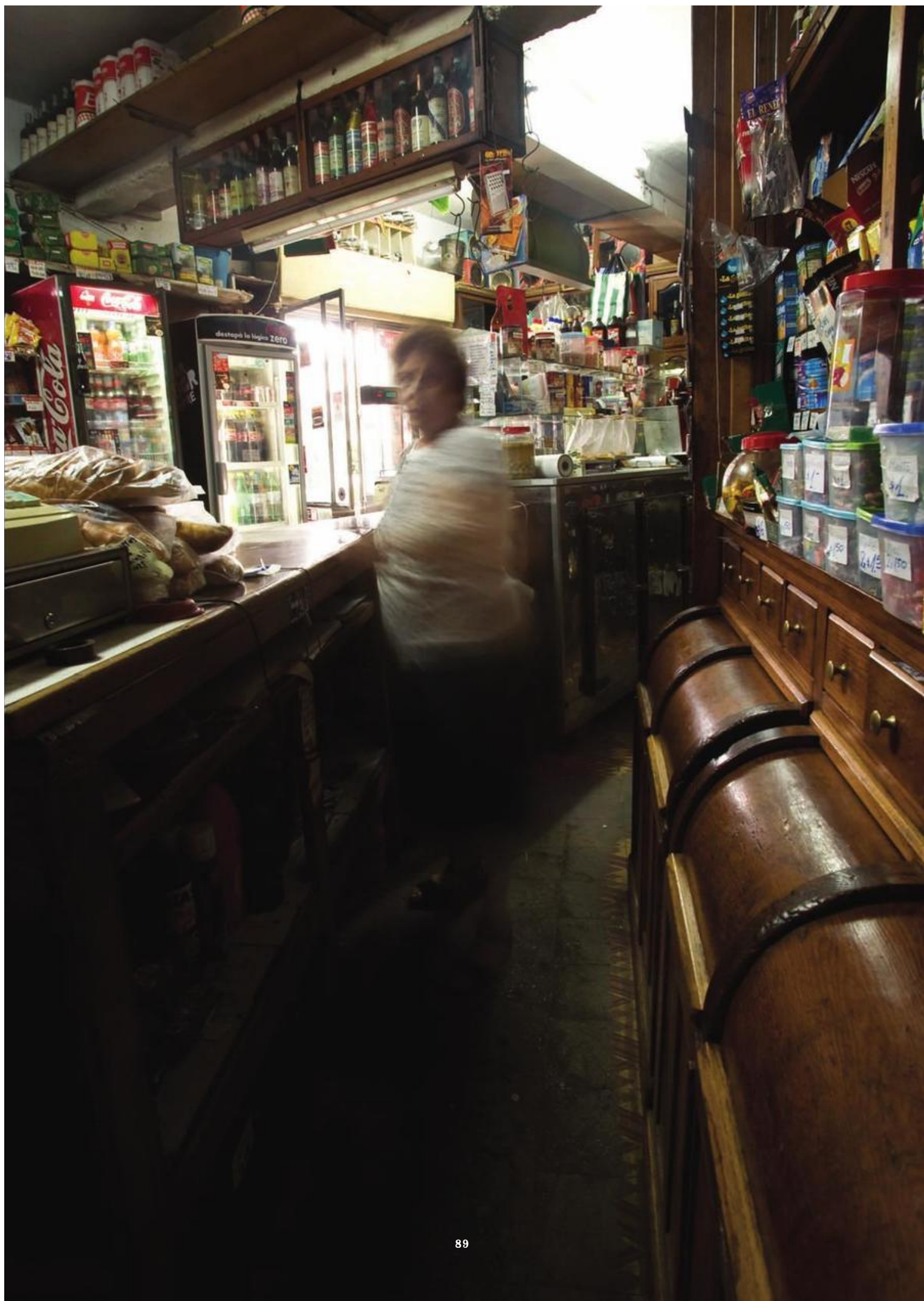


Se presume que el nombre de este almacén y bar abierto en 1947 esté vinculado a la espectacular erupción del volcán Villarrica en los Andes chilenos ocurrida por esos días y cuyas cenizas llegaron hasta nuestro territorio en tal cantidad, que la gente las recogía para usarlas a modo de “pulidor”.

Tras su bautismo de cenizas, El Volcán tuvo cuatro propietarios: desde Francisco Pazos que lo inauguró, hasta Manuel Ribeiro (oriundo de Lavaña, en La Coruña), quien lo adquirió en 1957 luego de haber estado allí empleado durante varios años, para atenderlo hasta hoy junto a su esposa Daría Vilariño, también coruñesa, pero del poblado de Santa Comba. El comercio mantuvo siempre un perfil familiar, nucleando en su entorno una rica vida social. Alcanza con recordar, a modo de ejemplo, que no todo sucedía en torno al mostrador del almacén o del bar, ya que supo existir y dar batalla el Club Social y Deportivo El Volcán, equipo de fútbol creado entre los parroquianos, con personería jurídica y obvia camiseta alusiva.

El maestro José María Obaldía y su hija María Inés, quienes vivieron varios años en el piso superior del comercio –literalmente sobre “el volcán”–, figuran, junto a Julia Moller, entre las celebridades de su clientela. Según cuenta don Manuel, El Volcán está ubicado en un antiguo sitio de quintas de perales y carpas gitanas y fue durante años parada de camioneros, vendedores de barras de hielo y traficantes de manteca.









El volcán es un ejemplo tardío de un tipo de construcción que tuvo gran difusión en las décadas del 30 y 40: una edificación en padrón esquina, albergando un programa conjunto de almacén y bar, más la vivienda de sus dueños u otra construcción anexa. Sobreviviente de esos tiempos, ha debido afrontar el desafío de profundos cambios en su entorno y ha tratado de adaptarse a ellos sin renegar de una herencia que es justo motivo de orgullo para los Ribeiro. Y también para el barrio. 🍷





## ALMACÉN CAVALIERI

Cno. de la Redención y Fco. Azarola, Melilla

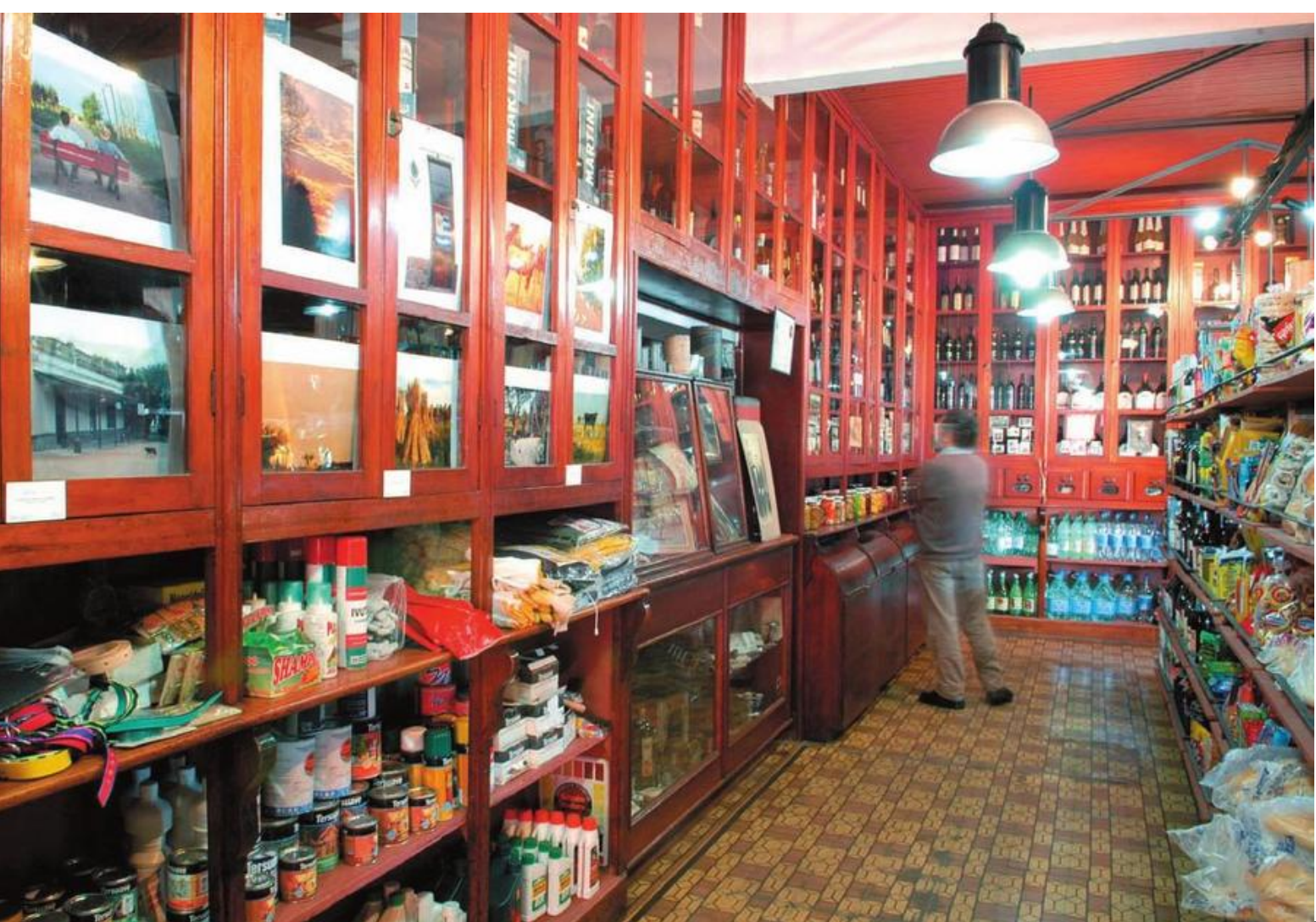
Ubicado en “la cruz” del camino de la Redención y Francisco Azarola, entre las quintas de Melilla, el Cavalieri guarda todavía la sobria nobleza de los viejos almacenes de ramos generales en donde la sensualidad de los olores del café, el gofio fresco, la yerba mate, el yute y la “harina suelta”, otorgaban a su atmósfera una impronta intransferible, anticipándole al cliente desde la misma puerta, la seguridad de que allí iba a encontrar “de todo”.

Fundado en 1920 por el inmigrante vasco francés Juan Pedro Cousté, el Cavalieri, un almacén que también fue bar y peluquería y aún mantiene en su frente el surtidor de nafta –aunque ya no esté activo–, fue y es todavía un verdadero centro social de trabajadores rurales, productores y visitantes al paso, atendido por Luis Hugo Cousté –hijo de don Juan Pedro–, por su esposa Mirta Menéndez y la hija de ambos, Geraldine, todos cumplidos anfitriones y por si eso fuera poco, también verdaderos expertos en el arte de las conservas y los dulces caseros. Entre ellos la memorable jalea de membrillo.

Estanterías para vinos de la zona, cajones de fideos, cajas registradoras y otros elementos caros a un almacén de ramos generales, se conservan intactos en una voluntad explícita de mantener la memoria, a lo que se suman antiguos afiches, fotografías y objetos de la vida cotidiana de las primeras décadas del siglo XX, tiempos en que se reunían cantores, payadores y guitarreros, se organizaban bailes y los parroquianos jugaban a los naipes y al billar. Julio Sosa, “el varón del tango”, fue uno de sus asiduos visitantes y su voz se escucha todavía, porque también ha quedado en el lugar, y sigue funcionando como antes, una vieja victrola con sus discos de pasta.

En los últimos tiempos, desde que abandonó el centro de Montevideo para radicarse en una de sus chacras de Melilla, el escritor Carlos Liscano es uno de sus asiduos parroquianos.

Hoy el “Cavalieri” –desde tiempo atrás sin barra de bar– se muestra tan eficiente como el mejor comercio del ramo. Pero allí la memoria del lugar sigue viva; algo que vecinos y visitantes valoran como un patrimonio compartido.



*Es seguro que “il cavalieri” Cousté estaría muy gustoso de ver el lejano resultado de su emprendimiento. El almacén aparece hoy como doble mojón de referencia: por lo que significa como centro de servicios de su área —un valor que saben apreciar sus vecinos— y por su condición de exitoso ejemplo de cómo generar un ambiente en el que se concilian y potencian mutuamente valores heredados con demandas del presente. Y en esto aprendemos todos. 🍷*



## SU BAR

Jackson 1151 esq. Maldonado, Palermo

En una de las mesas que dan al ventanal de la calle Maldonado, se sentaba Julio César Castro, “Juceca”. A veces solo, a veces en compañía de Inés. Tomaba un cafecito y a veces apuntaba y otras veces leía. Esa vez estaba leyendo, solo, inclinado sobre la mesa y absorto en la lectura. Mientras tanto, un parroquiano de pie, al lado del mostrador, lo observaba entre trago y trago, hasta que no pudo más con la curiosidad y le preguntó:

- Perdone, amigo... ¿Qué lee?
- ¿Quién?
- Usted. Ese libro.
- La balsa de piedra, de Saramago.
- Una balsa de piedra se hunde.
- No sé. Voy por la mitad.





Con una oferta gastronómica que varía cuidadosamente de lunes a viernes, el Su Bar ofrece platos difíciles de olvidar como los crêpes de espinacas con salsa de queso o el carré de cerdo con puré de manzana o las generosas milanesas de Lucy, acompañados de una respetable carta de vinos nacionales, que le ha merecido el elogio sostenido de Sebastián Elcano, un sibarita entrañable que cuando llama al mozo, le dice “camareiro”. Lugar manso y adecuado para reuniones de media tarde hasta la “hora veinte”, el Su Bar ha recibido a lo largo de los años a gente como Daniel Hendler, Fabiana Núñez, María Urruzola, Milton Schinca, Luis García Pardo, Rafael Lorente y alguna vez, entre muchos otros, a una discreta Pepita “La Pistolera”, que entró por una cerveza y salió sin ser notada por la calle Jackson, hacia la avenida Rivera...

94



# LA GIRALDA

Bvar. Artigas 1597 esq. Francisco Canaro, Parque Batlle



“El carnaval de la ciencia / y la ciencia del carnaval, / se sientan en la mesa uno, / pero cada uno es cada cual”, dicen que dijo un conocido cirujano en una de las tradicionales reuniones de la “mesa uno” del bar La Giralda, llamado así en homenaje a la famosa torre del mismo nombre de la Catedral de Sevilla.

El vínculo entre la ciencia, el carnaval y la “mesa uno”, tiene su sentido porque allí —en Bulevar Artigas al 1598 casi Francisco Canaro—, debido a su ubicación entre hospitales y sanatorios, se reúnen desde hace más de medio siglo médicos, nurses, profesores y padres nerviosos que esperan a su modo su primer hijo. Pero también, en razón de que el bar permanece abierto toda la noche, desde 1977 los integrantes de los Bubys, los Klapers, los Adams, los Gabys, los Diablos Verdes y Falta y Resto, hacen una parada obligatoria en La Giralda después de la actuación en los tablados carnavalescos o en el Teatro de



Verano, para rodear la “mesa uno”, donde la cabecera de honor la ocupa un personaje entrañable, abonado vitalicio al Teatro de Verano, a quien todo el mundo conoce como “El Vintén”.

La Giralda fue fundada en 1943 por los hermanos Alberto y Cándido Fernández Núñez y hoy es atendida por la misma familia en su tercera generación, que recuerda con legítimo orgullo a sus clientes científicos, entre ellos a médicos y profesores como Peluffo, Giguens, Lorenzo, Pérez Scremini, Gianicelli, Queirolo, Bocccoleri o Leborgne. O a figuras del carnaval y del fútbol, como Enrique “El Gallego” Vidal o “Pinocho” Sosa.

Y entre los méritos históricos que suelen adjudicarse a los mostradores montevideanos, a La Giralda se le atribuye el de haber vendido el primer cajón de Coca Cola en el país.

*La Giralda, en su origen “provisión y bar”, tiene una larga tradición que su presencia actual no denota. La vieja edificación de única planta que ocupaba la misma esquina ha dado paso a una construcción en altura y donde antes había gruesas paredes —que desde el exterior apenas podían adivinarse detrás de una profusa cartelería—, hoy un cristal transparente hace que el bar no tenga secretos para quien pasa por allí ... Pero vale la pena entrar. 🍷*







# LA GIRALDITA

J. Benito Lamas 2745 esq. E. Muñoz, Pocitos

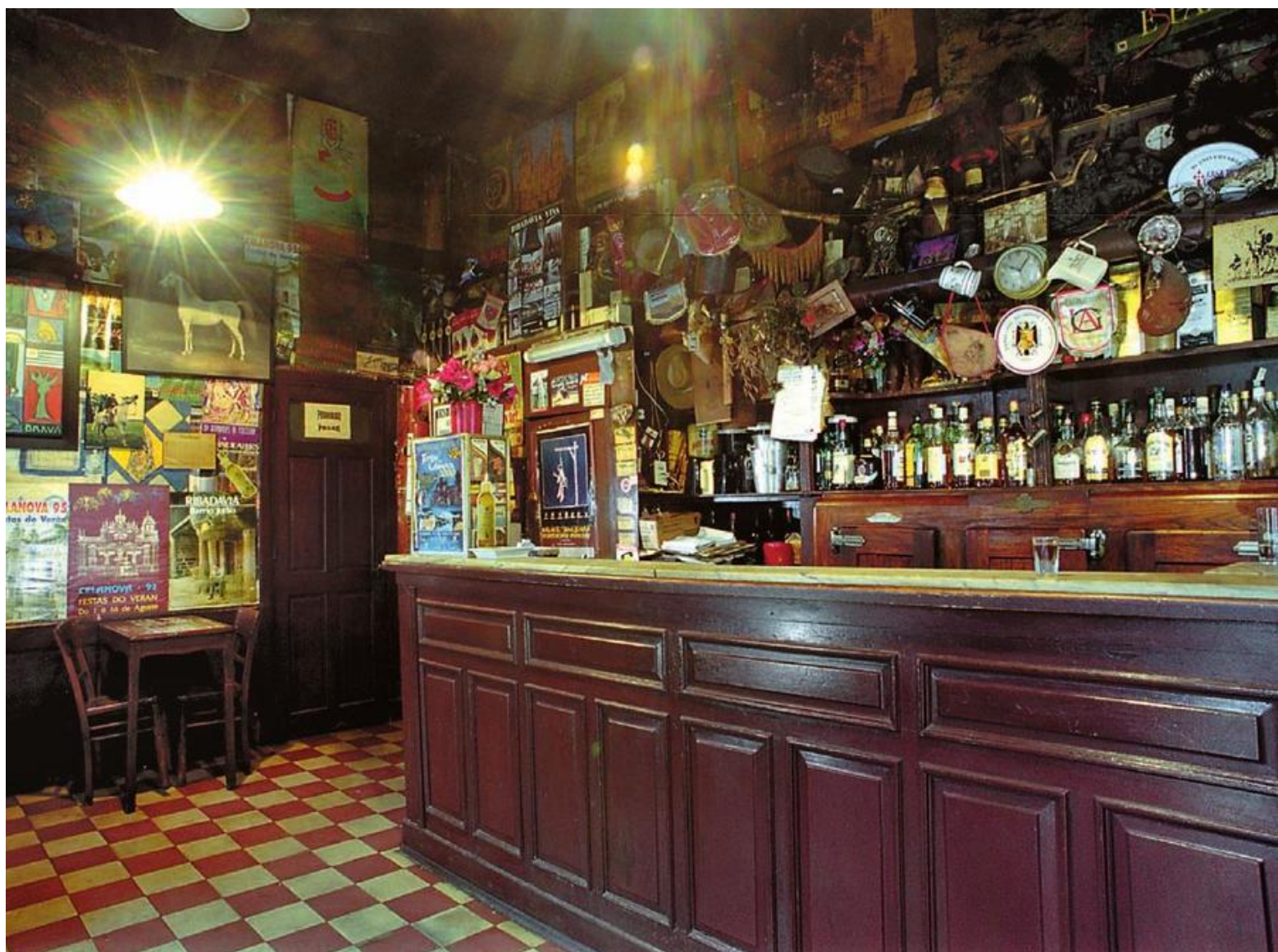
Afuera, en la esquina de José Benito Lamas y Enrique Muñoz, dos bicicletas de reparto gruesas, pesadas, antiguas, esperan recostadas en el cordón de la vereda por los mandados del día. Adentro, con la clásica palidez de los años 30, enteramente vestidos de negro y en una atmósfera de cálida penumbra, los hombres, eficaces y afables, se mueven detrás del mostrador y, cada poco, uno de ellos desaparece hacia el ambiente contiguo, donde hay otro mostrador y otras demandas. Es decir, tras servir un jerez español o dos enérgicos chorrazos de whisky escocés con hielo acompañado de una picada de queso, fiambres y aceitunas para un par de clientes recién llegados, trasponen la puerta que da al almacén contiguo para despachar leche, dulces o fideos a una señora que se apresta a cocinar en su casa del barrio.

La Giraldita es, sin duda, uno de los más pintorescos y mejor conservados “almacenes y bares” de la ciudad.

*El Tabaré, Montevideo Sur y muchos otros desertaron de la categoría “almacén y bar”; el Volcán, superando achaques, aún da batalla. En La Giraldita todo está “a punto” y en sus paredes se ha instalado el tiempo.*







Abierto a principios del 900 por los hermanos José y Antonio Carreiras, hoy lo atienden sus dueños Francisco “Paco” Salgado, oriundo de Orense, y José González, de Rivera Sacra, en Galicia, dos hombres queridos tanto por su hospitalidad como por su sentido del humor.

Acodado al mostrador oscuro, en silencio mientras “toma una”, está Wilson Acosta, un vendedor de loterías; para allí desde treinta años atrás y una vez vendió “la grande”. A su frente, escondidas casi detrás del caparazón de un tatú, cuatro botellas polvorientas de “añeja especial” Ancap resisten, desde los años 50, ofertas de cualquier precio por parte de clientes que saben lo que significan.

Sobre las paredes, resaltan dos cuadros: un óleo muy extraño de Miguel Villalba en el que se ve el frente de La Giralda, al que, como dicen que no le quedó bien, le pintó un barco en la azotea. Y al otro lado, enfrentado casi,

otro óleo del pintor del Castillo emulando a Torres García introduce, entre los motivos geométricos, palabras clave de la convivencia en el lugar: barra, copas, amistad, pica-da. Más allá, justo sobre la mesa pegada a la pared, una amarillenta nota periodística, enmarcada y escrita por el periodista Gaby Martín por los años 60, comenta las “fraternas y deleitosas reuniones de La Giralda”.

Más allá de la nota, fotografías de celebridades que han visitado el lugar como algún cantor de tango argentino, o el por entonces embajador en España Hierro Gambardella junto al rey Juan Carlos, o el presidente de Galicia Manuel Fraga Iribarne. Celebridades que son, celebridades que fueron. Y para la mejor filosofía de mostrador, con un largo jerez de por medio que facilite el éxtasis, hay un estimulante banderín que cuelga entre los estantes y las botellas, que reza “La Giralda - *sic transit gloria mundi*”.

## 62 BAR

Barreiro 3301 esq. Chucarro, Pocitos



A las 9.45 de la soleada mañana del 28 de marzo de 1951, en presencia del intendente Germán Barbato y una comitiva de engominadas autoridades municipales, arrancó por primera vez desde la esquina de Barreiro y Chucarro, el primer trolley-bus de Montevideo rumbo a la plaza Independencia. Era el “62” y así, con ese número y en su homenaje, pasó a denominarse ese bar sobrio y esquinero del barrio Pocitos, sitio donde se dice que antes, por los años 30, estaba el almacén de Francisco Deagostino, conocido como el Almacén de Chiquín debido al sobrenombre con que se conocía al propietario, quien apenas llegaba al metro sesenta de estatura.

Su proximidad a la costa, el diseño de la barra y su iluminación amable, el fogón sin ostentaciones de la parrillada detrás del mostrador, su refinada gastronomía, todo contenido entre los muros de mampostería y los techos de bovedilla, le da al “62” una feliz atmósfera de bar marino donde el apuro tiene muy poco sentido y que es muy apreciada en particular por los visitantes extranjeros, entre ellos el escritor español Juan Madrid, el autor de “Las apariencias no engañan”, cada vez que viene a Montevideo.





*Durante décadas, buena parte de Pocitos tuvo la escala de esta esquina. Siendo hoy testigo casi solitario del escenario de otros tiempos, el lugar ha cobrado una dimensión particular gracias al cuidado puesto en su rehabilitación como bar y restaurante. Un cuidado a nivel de diseño y de gestión que ha ganado fidelidades y trascendido fronteras. 🍷*



*El edificio “El Mástil” –“capo lavoro” de los arquitectos Vázquez Barriére y Ruano de comienzos de los años 30–, constituye con su volumen independizado de las medianeras y su particular formalización Art Déco de perfil náutico, uno de los edificios emblemáticos de Montevideo. No menos emblemático que el Expreso, que ocupa la planta inferior, en una simbiosis que el tiempo ha consolidado.*

## EXPRESO POCITOS

J. Benito Blanco 956, Pocitos

El Expreso Pocitos, si bien se lo percibe indisolublemente asociado a la imagen del edificio El Mástil, en realidad lo precedió en más de veinte años, ya que estuvo emplazado desde 1910 en la esquina que enfrenta a su ubicación actual. El nombre del bar proviene del cartel de “expreso” que lucían los tranvías al llegar a la terminal ubicada en las inmediaciones del comercio. Su primer dueño fue Edelmiro Costa, pasando posteriormente a los hermanos Carrera, quienes lo vendieron en el año 1974 a su actual propietario, Manuel Ramos.

En ese largo trajín de casi cien años, hubo un momento trascendente cuando a mediados de los años 30 el bar cruza la calle y se instala en la planta baja de un edificio que generó –al igual que el contemporáneo Hotel Rambla– un fuerte impacto en un Pocitos de casas bajas y mansiones de veraneo de escala doméstica. El Expreso asumió el desafío de ingresar a la “modernidad” y al igual que el edificio que lo cobija, fue consolidando

su imagen como referente del barrio y de la ciudad, hasta convertirse, uno y otro, en indisociable patrimonio.

Como a tantos otros bares de Montevideo, también llegó al Expreso un tiempo de cambios radicales que le hizo perder continuidad con el ambiente original, pero las instalaciones del nuevo escenario han logrado un razonable equilibrio, y aunque no faltan allí los recursos típicos de los años 70 y 80 –incluida la profusión de “tubo-luz”–, el resultado no desmerece la buena fama del lugar.

Según se dice, pasaron por sus mesas todos los presidentes uruguayos del siglo XX, además de otras autoridades nacionales, diplomáticos extranjeros, músicos, artistas y futbolistas. Los clientes fijos –incondicionales de un lugar que asumen como propio–, los frecuentes encuentros sociales y las ruedas de “veteranos”, aportan al comercio una “vida” y un “ambiente” probablemente no muy diferente al de sus mejores épocas. 🍷





# DON TRIGO

Pereira 3201 esq. Berro, Pocitos

Esta esquina edificada en 1890 por Luis Schenone para su vivienda propia fue luego sede de una de las lavanderías del barrio La Mondiola, donde se acondicionaba la ropa de las familias acomodadas de Pocitos. Después fue “Almacén, Bar y Depósito de Cereales” y hacia 1914, allí se organizaban peñas entre los vecinos de las inmediaciones para hablar de la guerra mundial. La razón era que el almacén se había convertido en un importante foco de información debido a que allí se había instalado uno de los primeros teléfonos de la zona. Una vez cerrado el almacén en 1930, y después del auge y caída de la Ferretería Granato, funcionó por poco tiempo en el subsuelo El Gallo de Oro una curiosa casa de comidas cuyo equipamiento reproducía las mesas y sillones de un vagón-comedor de los ferrocarriles ingleses. Fue en 1935 que la tradición del bar sería retomada, cuando en ese lugar en el que nada parecía durar mucho tiempo, don Trigo y señora abrieron el bar que hasta hoy lleva su honorable nombre. Curiosamente, en el cálido diciembre de 1939, en esa esquina volvió a hablarse de la guerra mundial, pero en esta oportunidad de su segunda edición. Hay quienes cuentan que poco antes de la batalla del Río de la Plata, allí conversaron –y no por casualidad– el dramaturgo y embajador inglés Eugen Millington-Drake y el canciller Alberto Guani. Aunque ambos participaban de ese estilo diplomático que resolvía problemas “frente al mantel blanco de la bien servida mesa”, esa vez el canciller Guani y sir Eugen optaron por un austero café de Brasil, eligiendo una de las mesas interiores, alejada de las ventanas y de los curiosos de la calle Pereira. Poco después, la presencia del averiado acorazado alemán Graff Spee en la bahía de Montevideo abrió un debate diplomático y una instancia dramática a la que aquella conversación no había sido ajena...

En los años 80 y 90, Don Trigo vivió un tiempo de auge, al convertirse en punto de encuentro de artistas, estudiantes y docentes de la cercana Facultad de Bellas Artes. Pero la historia de esa esquina no se detuvo, sino que un Trigo joven le dio nuevo impulso y manteniendo el “alma” del lugar, impulsó los cambios necesarios para adecuarlo a nuevas demandas.









*Ya apenas quedan trazas de las antiguas construcciones de un barrio que ha cambiado como pocos, pero esa esquina sigue dando testimonio de lo que se fue. Y no como museo o como ruina, sino como ejemplo de cómo atar viejas tradiciones con nuevas costumbres, renovando el escenario sin perder el espíritu del viejo bar de don Trigo. 🍷*



# TABARÉ

J. Zorrilla de San Martín 152, Punta Carretas



Solitario en medio del bolsón de Punta Carretas, el Tabaré apareció en 1919 como un almacén y bar de pescadores al que solían concurrir personajes tan disímiles como Carlos Roxlo, José Luis Zorrilla, Raúl Montero Bustamante y hasta Gardel y Razzano, quienes en más de una ocasión “calentaron el pico” en el Tabaré, antes de sus actuaciones en el cercano y decrepito rancho “Siglo XX”.

Con cuatro cambios de dueño en su historia, sus parroquianos recuerdan con especial afecto a Eladio Rial, quien estuvo detrás del mostrador hasta 1993, año en el que cerró sus puertas para reabrir luego convertido en una mezcla de pub y restaurante en la calle Juan Zorrilla de San Martín 152, pero manteniendo con mucho celo las antiguas vitrinas, los exhibidores y la barra del viejo almacén, que ha permanecido sin variantes, en tanto en el área del bar se mantiene el protagonismo de la

barra original, ahora complementado por el acondicionamiento en clave minimalista del entrepiso contiguo al salón principal.

Se ha renovado la gestión, pero la calidad del ambiente sigue intacta. Existe, además, un sector del sótano incorporado al área del bar, que en los últimos tiempos fue convertido en escenario de actuaciones artísticas. Entre su clientela de los últimos cincuenta años figuran “Paco” Espínola, Alfredo Zitarrosa, Osiris Rodríguez Castillos, Enrique Estrázulas, “Cuque” Sclavo, Milton Fornaro y las cantantes Estela Magnone y Francis Andreu, entre muchos otros, incluidas glorias de nuestro fútbol como Luis Ernesto Castro (Mandrake), Obdulio Varela y dos grandes “Pepes”, Schiaffino y Sasía.

En la última década del siglo, el Tabaré fue calificado por la revista Time como uno de los mejores cien bares del mundo.



*En la primera mitad del siglo pasado, las esquinas de los barrios vieron crecer un comercio de nuevo tipo, donde almacén y bar ocupaban espacios diferenciados pero contiguos y vinculados, de modo de ser atendidos por el matrimonio que habitualmente los regenteaba, anexando incluso su propia vivienda. Era además un tiempo en el que técnicos y artesanos lograban una feliz sintonía, asegurando con ello un resultado siempre decoroso y no pocas veces de muy apreciable significación. De ello da fe el Tabaré, donde una reciente remodelación parcial toma distancia con la formalización de la instalación preexistente y al hacerlo, ayuda a poner en valor la calidad de un ambiente en todo sentido excepcional. 🍷*





## CAFÉS Y BARES PORTEÑOS

En el Boletín Oficial N° 484, del lunes 13 de julio de 1998, se publicó la Ley 35 sancionada por la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, mediante la cual se creó la Comisión de Protección y Promoción de los Cafés, Bares, Billares y Confeiterías Notables de la Ciudad de Buenos Aires.

La misma quedó integrada con cuatro representantes del Poder Ejecutivo del Gobierno de la Ciudad, seis representantes de la Legislatura porteña, un representante de la Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la ciudad, y tres representantes de organizaciones empresariales vinculadas al sector específico y/o al sector de turismo. Todos ellos “ad honorem”.

La Ley en su artículo 2° dice: “Se considerará como notable, en lo que refiere a esta Ley, aquel café, bar, billar o confitería relacionado con hechos o actividades culturales de significación; aquel cuya antigüedad, diseño arquitectónico o relevancia local le otorguen un valor propio”.

Los objetivos permanentes de la Comisión son: la elaboración y actualización de un catálogo de Cafés, bares, billares y confiterías notables en el ámbito de la ciudad y su difusión en los centros de actividad turística; establecer prioridades para el otorgamientos de subsidios para aquellos locales que necesiten tareas de conservación y/o restauración, con asesoramiento técnico especializado del GCBA, y promover la participación de los locales seleccionados inactividades artísticas acorde a sus características.

En el año 2000 la Comisión de Cafés, con producción general de la Dra. Ana Suárez, publicó la primera edición del libro *Cafés de Buenos Aires*, con texto de Horacio Spinetto y fotos de Xavier Verstraeten.

Durante el año 2003 se hicieron dos reediciones, incluyendo una foto de Sebastián Katz.

El año 2008 se editó una nueva edición con el nombre de *Cafés Notables de Buenos Aires*.

Para *Cafés y Tangos en las dos orillas. Buenos Aires y Montevideo*, se seleccionaron veinte de los Cafés Notables porteños, algunos ya habían aparecido en *Cafés de Buenos Aires*, no obstante, sus textos recibieron modificaciones. ■

## CAFÉS Y BARES MONTEVIDEANOS

Corría el segundo semestre del año 2002 cuando las autoridades municipales tuvieron a consideración una iniciativa de CAMBADU -la centenaria gremial de almacereros y baristas uruguayos-, que serviría de base al proyecto “Cafés y Bares de Montevideo” y a la constitución de la comisión encargada de su instrumentación.<sup>1</sup> Esa iniciativa nacida en tiempos difíciles, logró crecer y consolidarse, contribuyendo a valorar un patrimonio urbano que había sabido de mejores tiempos, pero que todavía mantenía una particular significación en la trama de la ciudad y en el imaginario de su gente. Y alentó la esperanza de que esos sitios -con su carga de mitos y memorias- tuvieran su lugar en el futuro, no en términos museísticos, sino a manera de mojones de identidad y renovados “condensadores” de la vida ciudadana.

Pero no siempre las respuestas se alinearon con esas expectativas; el cambio de hábitos y el embate de los años dejó varios lugares vacíos: unos en forma definitiva, otros, en espera de pronta rehabilitación. Tal la situación del *Mincho*, en el Centro, de *La Primavera* en el corazón de Peñarol o del clásico *Brasileiro* en la Ciudad Vieja. Incluso *El Hacha* -dos veces centenario- ha cambiado de giro, funcionando ahora como restorán de apertura discontinua. En compensación, escenarios tradicionales mantienen vivo su prestigio; hay lugares emblemáticos que han renovado su imagen sin perder la resonancia de viejos tiempos (valga el ejemplo del *Gran Sportman*, frente a la Universidad, o del *Facal*, en 18 y Yi), y en una *movida* paralela, voces y músicos jóvenes hacen renacer la esperanza de que el TANGO, paisaje sonoro de dos orillas, vuelva a afirmarse de este lado del río, retomando su sintonía con el Café y Bar.

La edición de *Boliches Montevideanos: Bares y Cafés en la memoria de la ciudad* (Banda Oriental. Montevideo. 2005) ayudó a instalar estas cuestiones en la agenda cotidiana. Cinco años después, este emprendimiento conjunto de las autoridades municipales de Buenos Aires y Montevideo, vale entre nosotros como renovado aporte para que la balanza no se incline del lado de la desmemoria, y para hacer que la ciudad no pierda un patrimonio que nació y creció con ella. ■

H.S.

N.G.

<sup>1</sup> Por el Decreto Municipal N° 30.168/02, se crea la COMISIÓN DE APOYO Y PROMOCIÓN DE COMERCIOS CON GIRO DE “CAFÉ Y BAR” O “ALMACÉN Y BAR”, integrada por la Intendencia Municipal de Montevideo, CAMBADU, y el Ministerio de Turismo y Deporte



## Bibliografía

- BARRAN, José Pedro. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Edic. Banda Oriental. Montevideo. 1990
- BOSSIO, Jorge A. *Los Cafés de Buenos Aires*. Edit. Schapire. Buenos Aires. 1968.
- DELGADO APARAIN, Mario y otros. *Boliches Montevideanos. Bares y Cafés en la memoria de la ciudad*. Edic. Banda Oriental. Montevideo. 2005
- FERRER, Horacio. *El Libro del Tango*. Antonio Tersol editor. Buenos Aires. 1980.
- GAYOL, Sandra. *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, Honor y Cafés 1862-1910*. Edic. del Signo. Buenos Aires. 2000.
- GOMEZ de la SERNA, Ramón. *Pombo. Biografía del célebre Café y de otros Cafés famosos*. Edit. Juventud Argentina. Buenos Aires. 1941.
- GONZALEZ, Nery- SPINETTO, Horacio. *Las ciudades a escena: Herencia con futuro en las capitales del Plata*. Revista Abaco 60 / 61. Gijón. 2010.
- LEGIDO, Juan Carlos. *La orilla oriental del Tango*. Ediciones de La Plaza. Montevideo. 1994.
- MICHELENA, Alejandro. *Crónicas de los Cafés Montevideanos*. ARCA. Montevideo. 2009.
- MORENA, Miguel Angel. *Historia artística de Carlos Gardel*. Edit. Freeland. Buenos Aires. 1976.
- MOSQUERA MONTAÑA, Alberto. *Café Tortoni*. Manrique Zago ediciones. Buenos Aires. 1998.
- SABAT, Hermenegildo. *Poemastros*. Agora. Buenos Aires. 2002
- SCHINCA, Milton. *Boulevard Sarandí: Memoria anecdótica de Montevideo*. Edic. Banda Oriental. Montevideo. 2005
- SPINETTO, Horacio J. *Cafés de Buenos Aires*. Comisión de Protección y Promoción de Cafés, Bares, Billares y Confiterías Notables. Buenos Aires. 2000.
- VIDART, Daniel. *El Uruguay visto por los viajeros*. Edic. Banda Oriental. Montevideo. 1999

## Agradecimientos

### *En Buenos Aires*

A Hermenegildo Sábat por su generosidad al permitir reproducir uno de sus magníficos dibujos del libro *Al Troesma* con cariño, lo mismo que a Roberto De Luca por su bella foto que ilustra la tapa.

A Roberto Fanego, Licinia Tomás de Moreno, Horacio Ramos, Rubén y Hugo García, Pablo Durán, Mario Riesco, Antonio Schiavoni, Ricardo Montesino, Alejandra. P. Barral, Jorge Vieytes, Carlos Nieva; Rosita, Fernando y Martín Aragón; Eulogio Pérez Ogando, Angel Alvarez, Doris y Roberto Pepe, Marcelo Bukavec, Carolina Spinetto y Guillermo Fuentes Rey, por su buena predisposición y apoyo.

### *En Montevideo*

Ediciones de la Banda Oriental S.R.L. (responsable de la edición de “*Boliches montevideanos / Bares y Cafés en la memoria de la ciudad*”). Centro de Almaceneros Minoristas, Baristas y Afines (CAMBADU) (gestor de la iniciativa de creación de la Comisión e impulsor de todas sus acciones).

Empresa Buquebus, por su constante apoyo a todas las iniciativas regionales.



Esta edición de 3000 ejemplares  
se terminó de imprimir en  
Latingráfica, Rocamora 4161,  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina,  
en el mes de Mayo de 2010.

una publicación de



Avda. Córdoba 1156, 1° piso (CP C1055AAS) Buenos Aires - Argentina  
Tel: 054-11-4813-9370 / Fax: 054-11-4813-5822 / [ihcba@buenosaires.gov.ar](mailto:ihcba@buenosaires.gov.ar)